

# SUPLEMENTO DE "LA PROTESTA"

Año I.

Buenos Aires, Diciembre de 1908.

Número 8



MÁXIMO GORKI

## ¡Malas madre! ¡Madres desnaturalizadas!

Desde algún tiempo, diariamente se puede decir, la moral periodística, y su estúpida y falsa emoción, característica de la moral de la mayoría que no piensa por sí misma, retoza á sus anchas ensuciando las columnas de los diarios.

Quiero hablar de los infanticidios; entre estos hechos que, menos que la criminalidad de unos individuos, traduce la barbarie de toda una época, entre las victimarias avergonzadas y espantadas de un hecho que prueban esconder á todo trance por todos los medios que les pueda sugerir una pobre mentalidad, turbada hasta la más completa locura, de remordimientos y de temores; entre la que despedaza su hijo; la que le entierra; la que tira en una laguna á la orilla de la cual coloca una cruz, donde queda rezando (periódicos del 18, 22, 28); entre esta pobre humanidad alocada de dolores físicos y morales, de prejuicios y de angustias, tal como formidable símbolo se yergue esta mujer de Oruro (Chile); la cual, según los periódicos del 24 de Noviembre, frente á la concurrencia que en la estación esperaba el tren, tira su hijo bajo las ruedas de la máquina.

La muchedumbre que presencié este hecho quiso linchar la madre *desnaturalizada* (cliché de los periódicos).

¡La muchedumbre! ¡puah! esa masa bestial, feroz; que es á una humanidad, digna verdaderamente de este nombre, lo que el protoplasma al hombre; la muchedumbre este rebaño de ovejas rabiosas, sin más razón que su instinto, sin más valor que el del número; la de Oruro, como la de aquí, como la de todas partes, capaz de alevosa maldad, de cobardía anónima, expresión elevada en potencia de todas las hipocresías parciales de los componentes.

Delante de esta indignación de parada y esta lástima espontánea por el pequeño cadáver de parte de tanta gente, la mujer de Oruro activa formula la acusación formidable: *¿Cómo después de muerta su hija despierta tanto interés y sentimientos, mientras que en vida nadie quiso hacer nada por ella?*

Cualquiera que tenga algo en el pecho, algo en el cerebro, cualquiera que no sea un bruto y tenga algo de hombre, habrá sentido en su mejilla el roce de este pequeño cadáver, inocente víctima, sacrificada á nuestra sociedad, con la cual la madre nos azotó el rostro, con sangrienta bofetada.

¡Mala madre! ¡madre naturalizada! ¿Quién dice eso? Los alcahuetes de la prensa; la frase convencional, el cliché banal y obligatorio, que evita el trabajo de pensar por poco

que sea; ni la indignación es honda, ni el gesto es sincero; la tiran como pedrada traidora y anónima, pasan y se va por el tamnito de bichos babosos buscando flores que ensuciar.

¿Quién repite eso como loros de beatas solteronas?

La gente panzuda, la gente bien, la *élite*; negociantes con conciencias de forbanos, falsificadores de productos alimenticios, envenenadores de generaciones enteras, patentados, protegidos, envidiados y respetados. Politiqueros que no se paran ante crimen más ó menos, para satisfacer sus ambiciones mezquinas. ¿Quién? Las señoras y señoritas *bien*, blasonando una moral austera hacia los demás y que van á veranear en casa de parteras complacientes; rufianes y antiguas prostitutas que llegaron á la virtud con la riqueza y la edad. Almas rastreas que utilizan como motivo de fiestas la miseria humana.

Bien le cuadra á esta jauría aullar tras los harapos de la miserable, que en su actitud toda, les contesta: ¡Hipocresía! ¡hipocresía!

¡Madre desnaturalizada! ¡Mala madre! ¡Cómo se sonreiría uno si no le quedara el corazón llenos de amargura, de rabia impotente.

Según los médicos que examinaron la mujer de Oruro, la declararon responsable por gozar ésta de la plenitud de sus facultades mentales; así es que la podrán juzgar y condenándola satisfacer á la muchedumbre con un crimen más.

—¿Consciente? Sí, y de una manera formidable.

—¿Responsables? Responsables somos nosotros, sí, nosotros todos; los tartufos medicastros que la examinaron; los jueces que la juzgarán por el crimen de todos; la muchedumbre aullando tras más sangre; nosotros por no gritar bastante alto nuestra indignación, nuestro asco hacia esta bárbara sociedad de que formamos parte, hasta hacer sentir á todos su iniquidad, su hipocresía, su cobardía.

Y después, ¿en qué consisten éstos crímenes que tanta indignación artificial levantan? ¿No sería en este caso criminal, la mujer prudente y precavida que toma, después del acto sexual precauciones malthusianas? ¿Es más criminal el asesino de un anciano que el de un joven? Entonces, ¿en qué influyen en este caso unos meses de intervalo para calificar un gesto de idéntico resultado en una mujer, por ser efectuado á nueve meses de distancia? En un caso como en el otro se suprime una vida. ¿Entonces?

¿Infanticida? ¿No lo es la madre que, por falta de nociones elementales sobre sus deberes de madre, deja perecer su hijo por falta de cuidados, este instinto maternal que tienen los animales y que parece haber destruído el bautismo

en el hombre? ¿Infanticida? ¿No lo es la madre que da á su párvulo leche gastada por el embarazo? ¿Infanticidas? ¿No lo son los padres que mandan á los talleres á sus hijos todavía tiernos, en la edad en que precisan más de sol, de aire y de alegría? ¿Infanticidas? ¿No lo son los dueños de fábricas que ocupan estas criaturas, robándoles á trueque de miserables salarios el desarrollo de su vida entera? ¿Infanticidas? ¿No lo son los que adulteran la leche que va á los pequeños y que la ley protege, si juzgamos por la benignidad del castigo á estos criminales cuando tienen la torpeza de dejarse prender? ¿Infanticida? ¡Pero lo es toda nuestra organización de salvajes, cuyos golpes van siempre á los más débiles, á los indefensos, ignorando su papel, que debería ser de generosa y amplia protección! ¿Infanticida? ¿No lo es esta sociedad que se abroga el derecho de mandar á los mataderos patrióticos y á la prostitución, matrimonial ó de prostíbulo, á los que se salvaron de las hecatombes infantiles?

La mujer de Oruro afirmó su derecho de madre; su hijo era suyo. ¡Cuánto extrañaría un dueño de fábrica ser notificado que no tiene derecho de cerrar sus talleres y reducir á la miseria, es decir, á algo más atroz que la muerte, á centenares de obreros! Son míos, contestaría, yo soy el dueño;—y las leyes le protegerían, y, hasta sus víctimas se inclinarían condescendientes y respetuosos de sus inicuos derechos.

Y esta madre, esta madre, ¿qué derechos de propiedad más formidables podría invocar que su hijo es la carne de su carne, le costó dolores infinitos y angustias mortales, es de ella por todas las ligaduras que no abolió el alumbramiento?

¿Entonces?

Sí, como he dicho,—sí, como suena; el derecho de las madres sobre el fruto de su vientre que tenga horas ó meses de vida ¡qué importa! Sí, este derecho le deben tener, aunque se rebela toda mi sentimentalidad, le reclamo para ellas, mientras no hayamos hecho, nosotros, que la vida presente mayores garantías para sus hijos, mayor respeto, mayores cuidados para su entero desarrollo, que la vida sea más digna, que la vida sea verdaderamente lo que debería ser y lo que un día será, para los pequeños: un regalo de luz y de alegría.

Sé que sublevará indignación, pero ¿de quién? De los rufianes y de los negreros que, tras palabras vacías de una sentimentalidad de barniz, escudan la rabia sorda, inconfesable, de ver escapar en la nada sus posibles futuros provechos sobre una vida menos á prostituir, sobre una madre menos á explotar.

Hacia la mujer de Oruro va un sentimiento

de admiración, al mismo tiempo que me embarga una sensación de vergüenza por el poco valor de mis esfuerzos para cambiar esta barbarie que la hizo víctima y victimaria.

¡Mala madre! ¿Acaso lo serán mejores nuestras damas cuyos nombres empavesan las fiestas de beneficencia; las cuales, mientras despiertan los deseos masculinos con la exposición de sus carnes aderezadas en los bailes y reuniones selectas, dejan sus pequeños en manos mercenarias? ¿Acaso tendrán derecho éstas á echar el insulto?

¡Buenas madres! ¿Serán las que plegadas en atroz labor por la bárbara necesidad de conquistar su sustento, tengan que abandonar sus hijos días enteros, llevándoles la leche anemiada de sus pechos?

¡Buenas madres! ¿Serán las que van á aplaudir en los desfiles militares la carne de matadero?

Buenas madres he visto, sí, entre los animales y entre los primitivos que insultamos desde los zancos de una civilización mentirosa y de fachada.

Madres que defendían su prole con valor sublime; madres que se dejaban prender y llevar en cautiverio para seguir sus hijos; madres que para salvarlos afrontaban hambre y sed. (Cuántos de esos pobres *criados* arrancados de la Pampa y del Chaco, dados como regalo á las familias *bien*, podrían contar espantosas tragedias que quedaron sepultadas en el misterio del desierto).

Madres estas campesinas italianas que se echaron sobre la vía del ferrocarril que llevaba carne humana á los mataderos de Menelick.

Pero niego este título á estas muñecas históricas, hábiles en prácticas neo-malthusianas, cuyos instintos naturales de la conservación de la especie desaparecieron. Madre será una perra, una chancha, que benévola acoge en su seno, pequeñuelos aunque no sean éstos de su sangre, aunque no sean de su raza, sintiendo sin moralidad, sin religión, todo el respeto que se debe á la vida que empieza.

¿Acaso alguna vez sintieron este sentimiento de solidaridad hacia la vida, estas mujeres, que con una vuelta de vals, un flirt ó una satisfacción más íntima, piensan haber hecho lo suficiente para con los demás, con algunas monedas que no largaron si no hubiese sido á trueque de alguna ventaja personal? Pasan estas *benefactoras* sin un estremecimiento delante de la infeliz que con una criatura dormita bajo la lluvia, en el umbral de sus moradas; con asco, eso sí, porque la miseria es fea y mal oliente; pero, cuanto se extrañarían, si un impertinente las hiciera notar que algo más que una caridad mezquina y desmoralizadora los liga á estos despojos humanos.

¡Mala madre! ¿Cómo? Esta mujer que pre-

veyendo un porvenir de espantosa miseria, interminable agonía; la que después de haber tentado todo lo humanamente posible, la que sacrificó su propio ser, y que se ve definitivamente sola, sin una mano amiga, sin un apalabra de aliento en su calvario, mil veces más atroz que el del hombre del cual los cristianos hicieron su dios; llegando algún tiempo á conservar la vida precaria de su hijo. Ve en toda su espantosa lucidez el porvenir ineluctable que le espera la miseria, la fábrica, el cuartel, el prostíbulo, reeditando una vida idéntica á la suya; generando otras vidas, tal vez, monstruo «sociedad». ¡Mala madre! Esta musin más objeto que el de saciar el apetito del jer que de un gesto altivo, después de un beso en que metió toda su alma, todo su cariño, le arroja á la nada? ¿Mala madre? No, contesto yo; dejo eso á los hipócritas y á los moralistas patentados.

J. ACHARD.

## LA FINALIDAD ECONOMICA

Hubo muchas polémicas en estos últimos tiempos, y en ellas se emitieron algunos juicios harto sospechosos, que merecerían un examen concienzudo; si yo estuviera en condiciones de espectador, ensayaría ese examen; pero no lo estoy y me es imposible hacerlo. Sin embargo, voy á ensayar una réplica á un juicio emitido por algunos individualistas en las polémicas con los comunistas, y que es una especie de artículo de fe entre esa cuadrilla tendenciosa.

Ese juicio se refiere á la finalidad económica, y consiste en la negación de ella, no precisamente de una dada finalidad económica, sino de toda finalidad, de cualquier género y naturaleza que ella sea. Decir, por ejemplo, que se debe tender á organizar la vida económica de la humanidad sobre bases comunistas, ó colectivistas, ó de cualquier otro género, es, según el criterio que sobre el particular tienen esos individualistas, un absurdo; siempre que se hable de tender á organizar la producción sobre unas bases, cualesquiera que ellas sean, es un absurdo sólo el proponerlo; *no ha lugar para eso*, desde el punto de *vista* del criterio individualista.

Cuando yo pienso en estos apriorismos caprichosos, no puedo menos que acordarme de lo que José Prat decía de los individualistas: «individuos que no conocen una palabra de sociología...» Yo no sé si la conocen ó no la conocen; lo que presumo es que carecen por completo de sentido sociológico, y por tanto siempre que traten asuntos sociológicos están

expuestos á caer en error. Y es quizás merced á esta falta de sentido sociológico que se proclaman individualistas, confirmando una vez más el decir de aquel filósofo alemán: «cuando se tiene un defecto se erige en cualidad». Téngase en cuenta que el sentido sociológico forma parte del sentido común, como no podía menos de suceder tratándose del hombre, animal sociable sobre todas las cosas.

Ya se sabe que el individualismo tiene por punto de partida el principio de la libertad individual, con el que están de acuerdo hoy todos los hombres que tienen pensamiento propio. Pero los individualistas lo elevan hasta sus últimos extremos y lo convierten en absoluto. Por su falta de sentido sociológico no ven que la realidad humana no la forma el individuo, sino los individuos. Toman un individuo solo y lo colocan frente á una multitud de ellos, lo que se llama la colectividad; luego gritan: «sálvese este individuo y perezca la colectividad.» La colectividad, naturalmente, son los individuos. Esta manera de encarar las cosas, puede hacer mucho en favor del individuo, pero no en favor de los individuos. Y no hay que resolver el problema social, de acuerdo con la conveniencia de un individuo, sino de acuerdo con la conveniencia de muchos individuos. No ha de ser uno solo, el que ha de vivir en la sociedad, sino muchos. ¿Estamos?

Como consecuencia de esta tendencia en ellos incorregible á meter un individuo por delante á todas las cosas, se niegan á establecer ó averiguar de antemano las bases socialmente más ventajosa para organizar sobre ellas la vida económica de la humanidad. Hipotéticamente dan por cierto que puede resultar que ese individuo que ellos ponen siempre por delante, que en resumidas cuentas no es otro que su individuo idealizado, no tenga condiciones que le hagan adaptable á esas bases y tenga, por consiguiente, que sufrir una especie de coacción exterior, moral ó material, arrollado por el peso de los restantes individuos, por la colectividad.

Yo no dejo de tener en cuenta á este individuo, y no dejo tampoco de comprender que de sucederle lo que hipotéticamente suponen los individualistas, sería víctima de una injusticia, pues mientras los demás individuos no se han sentido lesionados en sus inclinaciones y en sus tendencias, él sí se ha sentido, y tenía tanto derecho como los demás á no sentirse, puesto que no es de él la culpa de ser como es. Pero la perfección ya se sabe que no existe, y este detalle hipotético no es un argumento suficiente para declarar perjudicial toda finalidad económica. Además, téngase en cuenta que el hombre es un ser viable y muy flexible, que sólo cuenta con unos cuantos instin-

tos y sentimientos fundamentales capaces de hacerle sufrir al ser lesionados, sentimientos é instintos que, en tesis general, cualquier sociedad que sea establecida sobre principios que hayan sufrido una deliberación racional no tiene necesidad de tocar.

Y toda sociedad que sea el resultado de la voluntad consciente del hombre obrando sobre los acontecimientos ciegos y azarosos, ha de estar basada en la conveniencia del mayor número. Estando basada en la conveniencia de un tipo de individuo hipotético, sólo sería buena en la excepción, como en la actual. Y al mismo tiempo la libertad y el bienestar del individuo en una sociedad así, estaría sujeta al azar, puesto que por constituir la excepción la esfera en que sería factible y realizable sería muy reducida. Esto de la libertad y del bienestar del mayor número, un ensanchamiento ó un acortamiento de la esfera de la libertad y del bienestar. En los asuntos sociales, el interés del individuo se identifica más con el interés de todos, de lo que suele creerse. Esto, naturalmente, siempre refiriéndose á la constitución y á la estructura fundamental de la sociedad, no á las relaciones recíprocas de los individuos dentro de la sociedad, en las que suelen á menudo chocar intereses antagónicos.

Precisamente es aquí, en este choque de intereses y de sentimientos é inclinaciones antagónicas donde se basan los individualistas para oponerse á toda finalidad económica de carácter general. ¿No se ve á diario que los individuos son diversos, que no tienen gustos é inclinaciones iguales, y que á menudo hasta chocan entre sí? Y si se ve esto, ¿cómo es posible trazar fórmulas de vida generales?

Todo esto está muy bien, si no fuera que si bien es aplicable á la vida particular de cada individuo en relación con los demás, que es á lo que se refiere, no lo es á la sociedad, que es cosa muy distinta, y cuya estructura puede perfectamente abarcar un interés general, por cuanto sólo tiene relación con lo que es común á todo lo humano. La sociedad, se refiere á la constitución del medio colectivo en que han de desenvolverse los individuos, y no en modo alguno á la vida particular de cada individuo, ni á la conducta que ha de observar con otro ó con otros, ni á la manera cómo ha de vivir. Esto, naturalmente, refiriéndose siempre al criterio que sobre la sociedad tenemos nosotros los anarquistas, y no el que suelen tener los autoritarios.

Por el mero hecho de referirse al medio colectivo, hácese necesaria la colaboración de todos ó del mayor número en la formación de este medio. Por otra parte, es éste un asunto demasiado complejo, que requiere antes de emprender en él cualquier modificación un estudio serio y sostenido, estudio que en nues-

tro caso no puede ser realizado en el momento que haya necesidad de proceder á reorganizar el medio colectivo, por el hecho de que las circunstancias impondrán á los hombres la necesidad de obrar, y ni le dejarán tiempo ni fuerzas, ni disposición de ánimo para meditar serena y detenidamente la orientación que ha de dar á sus acciones.

Por lo mismo que soy anarquista, yo estoy perfectamente de acuerdo en que se ha de dejar á la libre voluntad y á la libre iniciativa de los individuos el organizarse y el relacionarse entre ellos como mejor lo crean conveniente. Pero este parecer lo circunscribo á los individuos, únicamente, no á las cosas, y á la relación de ellos con las cosas, principalmente con las económicas. Respecto á éstas, es necesario que tengan un criterio sobre ellas formado de antemano, antes de que tengan que obrar sobre ellas.

Pongamos por caso la moneda. Desde el momento que se sienten los males que acarrea ó que se comprenden, se hace necesario un estudio tendiente á averiguar si su supresión no acarrearía males peores, en primer término, si es posible prescindir de ella como medio de relación económica. ¿Y este estudio se ha de realizar en el momento que sea necesario decidirse á conservarla ó á eliminarla? Si se deja para ese momento, no se hará, porque es imposible detenerse á hacerlo, porque las circunstancias impondrán la necesidad de obrar inmediatamente; y se obrará conforme á las inspiraciones de las circunstancias del momento que es azaroso, y que tanto puede ser bueno como malo. Y esto de la moneda es aplicable á la propiedad privada y á todo lo demás que se relaciona con la vida económica.

Precisamente, lo que se hizo hasta ahora durante toda la vida histórica, es eso lo que los individualistas quieren que se siga haciendo. Se hicieron revoluciones sin finalidad concreta y definida, sin haber realizado antes un estudio detenido sobre la vida política y social, y sin tener un criterio determinado sobre lo que se trataba de remover y modificar. Esta falta de criterio de las masas produjo lo que ya se sabe: favoreció el entronizamiento de jefes. Puesto que ellas no sabían que hacer, hicieron lo que les dijo el primer audaz que se presentó. Esto, cuando esa falta de criterio no produjo una confusión que fué á favorecer el triunfo de la reacción.

Por otra parte, si la sociología, coordinando experiencias, no ha de servir para orientar á la humanidad en el terreno social, es una ciencia perfectamente inútil, y por lo tanto no tiene objeto. Si ella no ha de servir para que la sociedad sea el resultado de la voluntad consciente del hombre, en vez de ser el resultado de causas ciegas y fortuitas, que obrando so-

bre el hombre provocan de él una acción espontánea é irreflexiva, tal como ha sucedido en toda la vida histórica, podemos pasarnos sin ella

«No sabemos lo que será la humanidad del mañana, y mal podemos resolver problemas en los cuales, ella tendría que decidir. La solución teórica que nosotros le demos podría serle un estorbo». La humanidad del mañana será parecida á la de hoy, pues si bien es cierto que progresa, no lo es menos que este progreso no es tan rápido que en unos miles de años distancie en substancia los tipos.

Pero aunque los distanciara, esto nada tendría que ver con nuestro asunto. La cuestión económica es permanente, no accidental. Las variaciones que puede tener, está sujetas sólo á los elementos económicos, al progreso de la mecánica, y de ningún modo al progreso psíquico de la humanidad. Si se resuelve de un modo perfecto la cuestión económica para la humanidad de hoy, esta solución será valedera para la humanidad de mañana, mientras el descubrimiento de un nuevo elemento económico no venga á trastornarla. Este elemento como es hipotético, no es una razón para que como es hipotético, no es una razón para que no en que debe estar basada la estructura social del mañana.

Por mucho que la inteligencia humana progresa antes de tener que proceder á una reorganización social, este progreso no será bastante para suplir el detenimiento con que nosotros podemos hacer un estudio sobre lo que le conviene y no le conviene hacer.

En cuanto á aquello del obstáculo, es también hipotético; los sistemas de Fourier y Saint-Simon no fueron un obstáculo para el desarrollo de otros sistemas más conformes con la realidad social, y eso sin el acicate de los acontecimientos.

Hoy, para estas cuestiones, hay un elemento importante, la estadística, elemento que faltó á los autores citados. El que la ciencia sociológica sea embrionaria y que por tanto se equivoque á menudo, no es motivo suficiente para que desista de llenar su cometido, como los traspiés que da el niño al empezar á caminar no son motivo para que desista de la pretensión de caminar.

Lo repito; es necesario tener un criterio sobre los asuntos económicos antes de empezar á reorganizar la vida económica de la humanidad. Es necesario que cada individuo sepa á que atenerse sobre la moneda, la propiedad privada y muchas otras cosas. De lo contrario, se va á un fracaso seguro. Y si yo tengo ese criterio, si, por ejemplo, pienso que la moneda es mala, que su eliminación es posible, y que la tal eliminación beneficiaría á la humanidad; y por otra parte, si pienso

que la propiedad privada es mala, que debe y que puede ser eliminada, soy ya comunista. En cuanto se tiene un criterio sobre los asuntos económicos se es partidario de un sistema. Y si sobre ellos no se ha de tener criterio, ¿para qué sirve la inteligencia?

Queridos amigos: si yo odio algún sistema, es el sistema antisistemático, porque de todos los sistemas que exigen una sujeción espiritual grande, ese es el peor, porque es el más estrecho, á la par que el que está más en pugna con la inteligencia humana, elevadamente, sistemática, puesto que su trabajo consiste en recomponer idealmente la realidad, reflejándola cuando investiga, perfeccionándola, eliminando lo perjudicial cuando idealiza, cuando proyecta.

MAXIMO ARACEMI.

## UN "POR QUÉ" TAL VEZ

(DEL LIBRO Á PUBLICARSE PEDAZOS DE VIDA)

Era el mes de Diciembre.

Chirola acaba de vender su último diario. En el bolsillo del andrajoso pantalón sus dedos jugueteaban con los cobres.

Ha ganado ochenta centavos en la mañana. En cierta lechería que él conoce, piensa darse el lujo de tomar un helado de diez gaitas.

Con la correa pega á cuanto perrillo se le pone en el camino. De tiempo en tiempo, corta con un agudo silbido el tarareo de un tango muy en boga que él se sabe de memoria. Se encamina á los suburbios de los Corrales por la Avenida de Mayo.

El asfalto de la Avenida recalentado por un sol de fuego mantiene en el ambiente un vaho alquitranado; unido esto al polvillo impalpable que avienta el tráfico hacen de la atmósfera un gas irrespirable.

Chirola camina con el desenfado que le caracteriza, mira á todas partes con la curiosa vivacidad que le es propia y se saborea de antemano pensando en el atracón de helados que tiene proyectado.

En la plaza Lorea un corrillo de muchachos.

Por un cajón pintarrajeado de lustrabotas, Chirola conoce que el Pulgón ha de estar por allí, y como el Pulgón es su mejor amigo, piensa invitarle.

El lustrabotas está jugando á los cobres con otros muchachos del oficio y algunos diareros.

Chirola llega en el momento preciso de lanzar las monedas al aire, y aunque le tienta la idea de sacudir á su amigo un correazo en las pantorrillas á guisa de saludo, desiste de ello queda silencioso esperando el resultado de la

reboleada para contar la cantidad de culos que le quedarán á su amigo para probar suerte.

—Ché, Pulgón, ¿no querés venir á tomar un helao conmigo? Yo pago.

El lustrabotas todo extrañado, poniendo una ridícula cara de admiración:

—¡Vos! ¿Te has sacao la grande, Chirola?

—Pero, ché, ¿á qué esa cara de otario? La grande... ¡bah! esta noche si mi tata viene borracho, la gano, claro, como siempre...

—¿Y entonces?

—Me gané ochenta gaitas esta mañana, sabés, y desde el domingo pasao tengo ganas de tomar un helao así, ¿sabés por qué? Porque se me hacía agua la boca mirando á los cajetillas de «La Castellana» tan campantes... mirá, me daban ganas de casarles el plato y espian-tar.

—¡Pero ché!... ¿Y tu tata qué te va á decir?

—¿A mí? nada; él nunca me dice nada; cuando no le yebo plata, vos sabés, me agarra á patadas y puñetazos hasta que se cansa... ¡Ah! pero mirá, el día que yo me canse también...

—¡Ché!

—Yo no soy como vos, sabés, yo quiero que la plata que gano sea mía... ¿Te acordás lo que me dijeron en *La Prensa* ayer pa que gritara?

—No.

—«¡Los niños criminales!» «¡Un hijo de doce años que mata á su padre!» ¿Qué te parece?

—Nada, y ¿qué tenés vos que decir?

—Me daba rabia tener que gritar eso, sabés, porque me acordaba de mi tata y pensaba... ¡qué sé yo!...

—Bueno, ¿en qué pensabas?

—Me acordaba de mi tata que es un bruto y pensaba... ¡bah!

—¿Pero qué?

—Que quien sabe si ese muchacho...

—¿...?

—... ¡Bah!... ¡Ese muchacho, Pulgón, sería como yo!

Chirola, al decir esto, se echó á llorar amargamente.

ALEJANDRO SUX.

## LAS PRISIONES

Sombras y ayes, palideces y demacraciones, la pena moral y la tortura física; esto son las prisiones.

Para vergüenza de estos tiempos en que la criminalología es una ciencia, en que el delito se mide con arreglo á leyes de herencia, al medio ambiente y á los fenómenos sociológicos; en que el determinismo explica el cómo y el por qué de todas las infracciones á las

leyes de convivencia social; en que la antropología señala con certeza las anomalías externas, fiel reflejo de las internas, que indican la predisposición á la delincuencia; para vergüenza de estos tiempos de escuelas positivas y congresos penales, repetimos, las prisiones siguen siendo antros de sufrimientos, fuentes de desmoralización, refugio de todo lo brutal, lo cruel, lo inicuo, de todo lo más animalesco y ruín que la civilización y la cultura han extirpado de la vida ciudadana.

Las prisiones han adquirido la exterioridad arquitectónica de las nuevas concepciones penales, pero en su alma interna siguen siendo los mismos tetricos lugares en «donde todo malestar tiene su asiento».

El delincuente es para los hombres de ciencia una víctima, ni más ni menos que como las otras víctimas del crimen. Irresponsable, empujado por un temperamento cuyas hondas raíces no ha podido transformar la civilización, es esclavo de todos sus antepasados cuyas taras morales se han ido acumulando siglos tras siglos hasta hacer de él un autó-mata incapaz de sustraerse á la orden ascen-tral que le manda herir, matar. Irresponsable, empujado por los prejuicios colectivos de su época, es esclavo de ellos sin que le sea posible libertarse, sin que se encuentre con fuerzas suficientes para arrostrar el des-concepto de la opinión pública que en muchas ocasiones ordena herir y matar. Irresponsable, empujado por necesidades vitales que la actual organización social le impide frecuentemente satisfacer, es empujado por ellas sin que le sea dado eludirlas so pena de pe-recer á consecuencia de ellas mismas.

Y en tanto que se proclama en libros y revistas, en congresos y conferencias la irresponsabilidad de los delincuentes, no sólo los códigos mantienen en sus textos penas y castigos sino que las prisiones siguen siendo las mismas casas de tortura de todas las épocas.

El preso, delincuente ó no,—y la mayor parte resultan al terminar la sustanciación de los procesos judiciales, absueltos, no delincuentes —es tratado en todas las prisiones con la misma ferocidad, con igual ensañamiento que si ma ferocidad, con igual ensañamiento que si los carceleros hubiesen sido personalmente víctimas de los delincuentes, aquéllos en quienes éstos hubiesen desahogado todas sus furias de insanos morales, de morbosos preñados de atavismos, de desheredados impulsados por necesidades ineludibles.

Un hálito de venganza se desprende de esos empleados carcelarios, que viven del preso, lo explotan y lo vejan con toda la miserable cobardía de quienes saben no serán morigerados por fuerza alguna, de quienes saben

no serán repelidos sus bestiales proceder por los desdichados que tienen en sus manos.

Nada más infortunado que el encerrado en una prisión, indefenso, sin poder repeler, ni resistir, ni siquiera escapar á sus verdugos, sus quejas no ultrapasan los espesos muros de la cárcel ni aunque consigan hacerse oír fuera, hay quien lo atienda y proteja.

¡Desgraciado del que alcanza á provocar una intervención externa! La intervención pasa leve, sin dejar huella, porque entre la palabra de un delincuente—ó supuesto tal—y la de un *honesto* funcionario público, no cabe vacilación posible. Si varios presos, afrontando el grave peligro que su deposición significa, se atreven á apoyar las quejas de uno de ellos, la palabra *complot* sirve de excusa y quejas y testimonios son firmas al agua.

Después la intervención pasa, y los presos quedan. ¿A qué grado llegará la ferocidad carcelaria, cuando el espíritu de venganza accione directamente?

Hay muchas cosas innobles, crueles, repugnantes, miserables, en nuestra actual sociedad, pero ninguna iguala á las prisiones, anacronismo viviente, vergüenza denigrante, que sólo la piqueta y la tea que acabaron con aquella histórica prisión—la Bastilla—de donde salió por vez primera la Libertad, podrá destruir.

EDUARDO G. GILIMÓN.

## APUNTES BIOGRÁFICOS DE M. BAKOUNINE

POR MAX NETLAN

(Continuación)

Pasó por Estrasburgo, por el gran ducado de Baden, por Francfort, en donde conoció á varios democráticos alemanes; por Colonia en donde rompió definitivamente con Marx y Engels, debido á las oposiciones que éstos tenían de su amigo Herwegh; por Berlín, en donde la policía empezó á molestarlo para luego dejarlo en paz; por Lipsia, en donde volvió á verse con Ruge, y por Breslan—centro del movimiento polaco—en donde participó, en los primeros días de Mayo, en las conferencias polacas organizadas por Dembiuski.

En el congreso de los eslavos, organizado en Praga en los primeros días de Junio, hizo gran propaganda de sus miras políticas, pero encontró ambiente desfavorable, porque los actores del congreso tenían ideas indefinidas.

Quizas algunas de sus ideas las explicó en el manifiesto: «A los pueblos europeos» pero todo su modo de pensar lo ha resumido en el ensayo «Principios de la nueva política Eslava» que no fué discutido en ese congreso por

que fué interrumpido por un ataque militar, que originó la revolución de la Pentecoste. Bakounine estuvo en esa revolución, en el centro del movimiento, entre los estudiantes del Clementino, siempre activo: abandonó Praga hacia el 19 de Junio, dirigiéndose á Breslan. En esta ciudad fué calumniado por el «Nuevo diario del Rhin» el 6 de Julio de 1848, calumnia que aplastó completamente con una carta que le había sido dirigida por Jorge Sand (véase N. Rh. Z. 16 Julio—3 Agosto) y Marx (en el «Mensajero de la Mañana» de Londres, 2 Septiembre. 1893) pero no obstante esto, dicho incidente estorbó algo y por algún tiempo su actividad.

Su íntima convicción y el profundo conocimiento de las condiciones políticas y económicas de entonces se desprenden de la lectura de varias cartas del 1848 y 49 dirigidas á Jorge Herwegh (impresas en el libro «El mil ochocientos cuarenta y ocho» Mónaco, 1898)

En los primeros días del mes de Agosto, por ejemplo, escribe: «no tengo fe ni en las leyes ni en las constituciones; la mejor de las constituciones no me satisface. Nosotros deseamos algo más: tempestad y vida, un nuevo mundo sin leyes, y, por consiguiente, libre.»

Hacia la mitad de Julio de 1848, partió para Berlín, en donde tuvo relación con los polacos, con los diputados democráticos de la asamblea nacional, y con muchos otros: conoció á Max Stirner, y cediendo á las insistencias de los amigos de ambos, concluyó por reconciliarse superficialmente con Carlos Marx. Hacia el 22 de Septiembre, volvió á partir para Breslan, mientras el 6 de Octubre recibía orden de expulsión de Prusia, y el día 9 fué expulsado de Sajonia.

Un asilo seguro lo encontró en Anhalt, y hasta Enero de 1849 quedó en Roethen y en Breslan rodeado del cariño de los que formaban el simpático círculo de la democracia de Anhalt, y en esta ocasión también con el ministro democrático Habicht. Estos meses de máxima tranquilidad fueron por él empleados en publicar el «Llamado á los Eslavos» (Roethen, 1848) mientras tanto su verdadera actividad la empleaba en conspirar, es decir, en la tentativa de reanimar los elementos revolucionarios de varios países, preparándolos para un nuevo movimiento á efectuarse en la primavera del 1849. En que forma otros obraron en el mismo sentido jamás se ha aclarado, y todos los procesos intentados naufragaron por falta de indicios: lo que de cualquier manera ha sido constatado es que Bakounine presenció todas las reuniones para la preparación de los movimientos revolucionarios de la época y á esa preparación él aportó todos sus esfuerzos; y por eso fué la personalidad más odiada y más temida de la reacción, y

esto se debía no á sus finalidades utópicas, sino porque él era práctico y ponía en juego el método más peligroso para la reacción: el de formar la alianza de todas las fuerzas revolucionarias.

Desde Enero hasta principios de Marzo del año 1849, Bakounine vivió escondido en Lipsia donde él y otros conspiraron con un núcleo de jóvenes suevos de Praga, á donde con riesgo de su vida se trasladó una vez solo. Se contaba en caso de un probable movimiento revolucionario en Praga, con la participación de los aldeanos para provocar y sostener una revuelta polaca previniendo así una intervención rusa en Hungría. Más tarde sin embargo los preparativos tuvieron que acelerarse con motivo de la insurrección alemana por la constitución nacional. Desde Marzo en adelante Bakounine operó en Dresde, centro más activo de Lipsia, y envió á Roedel en Praga con una carta fechada el 30 de Abril de 1849; en ella se puede leer el verdadero programa de Bakounine, pero de la real experiencia hecha por Roedel en Praga se demuestra su débil fundamento material.

Después del estallido de la revolución de Dresde hubo prisiones en masa en Praga, y muchos suevos y alemanes quedaron presos después de largos procesos hasta 1857.

La participación de Bakounine en la revolución del 3—9 Mayo del 1849 es universalmente conocida.

Se mantuvo en relaciones íntimas con el gobierno provisional, y en un modo por demás resuelto trabajo de día y de noche, causando el terror en las filas burguesas de Sajonia. El 9 de Marzo se trasladó á Freiberg con todos los escapados del movimiento de Marzo, estando casi siempre con Heubner y Ricardo Wagner; sobre el ánimo de este último Bakounine había causado una gran impresión por cuanto Wagner en ese tiempo profesaba en sus escritos el anarquismo. En Freiberg, Bakounine ideó un último y peligroso proyecto, el de arrojarse sobre la Bohemia, y entonces se separó de él Wagner.

Heubner, Bakounine y algunos otros se dirigieron á Clemnitz, en donde fueron recibidos aparentemente por amigos, mientras en la noche del 9-10 Marzo, sorprendidos en cama por algunos burgueses de Clemnitz, fueron tomados y entregados en Altemburg á los soldados alemanes, atravesando un largo recorrido alrededor de Lipsia en ferrocarril, fueron conducidos prisioneros á Dresde. Aquí empiezan los años de prisión de Bakounine.

Después de permanecer en la fortaleza de Dresde, y desde la noche del 24-25 Mayo en adelante en el cuartel de caballería de Dresde Bakounine, Heubner y Roedel en la noche del

28-29 Agosto fueron conducidos á la fortaleza de Rönigstein. Algunas cartas escritas en la cárcel por Bakounine á su amigo Reichel y á la hermana de Reichel y una carta á su defensor muestran su carácter; en los interrogatorios declaró sin preámbulos sus ideas y reveló sin temor lo que había hecho, pero no quiso decir una palabra de los otros.

El 14 de Enero de 1850 fueron condenados á muerte en primera instancia, y el 16 de Abril esta sentencia fué confirmada en segunda instancia; en los primeros días de Junio la condena de muerte fué reformada y se les aplicó ergástulo por toda la vida, pena que Heubner soportó hasta el 1859, y Roedel hasta el 10 de Enero de 1862. La suerte de Bakounine fué diferente. Este, en la noche del 13 de Junio de 1850 fué trasladado á Austria y encerrado en el claustro de S. Jorge sobre el Hradschin (Praga); en Marzo de 1851 quedó encerrado en la cárcel de Olmütz, en donde era continuamente interrogado sobre la conspiración de Praga del mes de Mayo, y después, el 15 de Mayo de 1851 fué condenado á muerte por estrangulamiento, pero al mismo tiempo se le conmutaba la pena por la de cárcel por toda la vida, mandándolo á Rusia; lo que le causó momentáneamente placer, pues en ningún lugar estuvo tan mal como en la prisión de Austria.

(Continuará).

## FRAGMENTOS

(DEL LIBRO L'IMPUISSANCE D'HERCULE, DE G. PLOCH)

Jupila sigue caminando. Sus pensamientos le aguijonean sin cesar: «Sin duda, eres viudo: eso ya es una solución. ¿Pero qué vas á hacer ahora? Catorce francos y treinta centésimos no te van á permitir ir muy lejos... sobre todo si sigues poniendo tu nariz en los negocios de tu prójimo. ¿Y después?»

Se quedó mirando el mercado central, delante del cual llegó por la calle Montmartre. Sus pensamientos insistían malévolos: «¿Qué vas á hacer? ¿qué vas á hacer? ¿Tienes, acaso, la menor idea sobre esto?» Después le insinúan: «Verdad es que los vigilantes están allí para informar á la gente...»

Y por eso Jupila se va á colocar delante de un guardián del orden, y le dice:

—Dispense, señor agente, una pequeña información...

El funcionario toca ligeramente su gorra; no es incivil.

—A su servicio.

—¿Qué debe hacer un obrero que busca trabajo y que no puede encontrar ocupación?

—¡Diablo!... Tiene singulares preguntas us-

ted! Debe... Debe... debe continuar.

—Pero ¿y si sus recursos no se lo permiten?  
—¡Diablo! ¡Diablo!... Debe, entonces, hacerse arrestar como vagabundo.

—Eso es una solución, en efecto. Pero, diga, ¿por este medio estaré asegurado por mucho tiempo—tan mal como sea posible, se entiende,—de ser alojado y tener comida?

—¡No, por ejemplo! Tal vez se le guarde algunos días; tal vez...

—El tiempo de condenarme.

—Sí... y después se le largará.

—Y así, ¿deberé empezar nuevamente?

—¿Qué quiere que le diga, yo? Compongáselas como quiera. Yo no estoy pagado para dar informaciones de esta naturaleza.

—Entonces, si yo no quiero ir a presidio, ¿debo morir de hambre?

—Caramba... Hay las sopas populares.

—¡Hum! Adivino su propio asco y que Vd. mismo no quisiera de ellas... Pero, una palabra más, si no estoy abusando...

—En fin... diga... siempre hace pasar el rato.

—Y con los patrones que no pueden ó no no quieren darme trabajo, ¿qué hace Vd. con ellos?

¿Qué dice Vd?

—Digo bien, señor agente. Oigame. Si un obrero no encuentra donde emplearse, forzadamente está reducido al vagabundo, á pesar de pagar impuestos bastante numerosos; ¿á qué reduce Vd. á los patrones ó los gobernantes que no le pueden utilizar? ¿Qué diablo, después de todo es su función! ¿No es verdad? ¿No se toleran ricos y gloriosos por eso? Si estamos sin trabajo es porque son incapaces, culpables ó criminales. Desde entonces, no son más que vagabundos ricos. (Yo no hablo de pobres: hay algunos; son presuntuosos de los cuales se debe tener lástima y dejar que se arruinen en paz, á pesar de que, sin embargo, no sean ellos los menos peligrosos).

Y, por compensación, la ley suprema de las sociedades, siendo el trabajo, el obrero que los patrones,—los grandes,—no pueden emplear, tiene el derecho, diré más, el deber, de aplicársela; es decir, de hacer lo que Vd. haría seguramente si me arrestan: despojarlos. Y Vd. que, en este momento por una parada que le tiene inmóvil, sirve esta ley del trabajo, Vd. le debe prestar asistencia.

—Es ridículo lo que Vd. me dice aquí. Los patrones hacen lo que pueden. Tiene que haber patrones. ¿Qué habría si no existieran?

—Pero un mundo de trabajadores sindicados, bastante grandes y bastante buenos para conducirse solos y cuyos delegados no pensarían en llegar á diputados.

—¿Ningún amo, entonces? Eso es estúpido. ¿Acaso no tengo yo superiores?

—Sí, pero Vd. lo sabe muy bien: Vd. es más que un obrero; Vd. es una especie de soldado.

—Sin duda, sin duda; pero no deja de ser estúpido lo que viene á decirme.

—No tanto: Ahora Vd. me contestará, con justicia, que es necesario que haya vagabundos pobres—entienda Vd. obreros sin trabajo—para que haya agentes.

—Diga, ¿Vd. se está burlando de mí, acaso? Y yo que le estoy escuchando. Haga lo que le parezca, qué me importa á mí después de todo. Vaya á dormir la mona... Y vea, está Vd. delante del Mercado Central, si tiene ganas de trabajar, allí siempre puede dar una mano y ganar algunos centésimos.

—Gracias, señor agente.

Jupila saluda y se aleja. Y sus pensamientos, irónicos, le hacen observar: «Decididamente el señor Plot tiene razón, el mundo sufre graves perturbaciones. A esta hora, los agentes de policía prueban servir para algo.»

## Apuntes para los "orígenes de la moral"

¿Qué es moral?... lo que es la conciencia... y ambas son el resultado de la nutrición por el producto de la educación. «Ecuación *tripista*» Ni más ni menos: «Mecánico celular».

Entiendo que todo psiquismo es un manifiesto fisiológico (cinemática vital del cerebro) como todo otro movimiento en la Naturaleza, es mecánica atómica de la materia. Luego, la moral siendo expresión de movimiento ó movimiento mismo, su estudio responde á los conocimientos de la cinemática fisiológica.

Así, pues, se es *amoral, moral, ó inmoral*, (prescindiendo de su relatividad) según no sea, sea, ó deje de ser revelado en el sentido A, B ó C, los manifiestos sensoriales tónicos ó clónicos de la anatomía celular, á merced de los estímulos circulatorios que le combustionan. O en otras palabras: Siendo toda sensación consciente archivada en los sensores cerebrales (motivos de educación) y siendo su estado de nutrición el que caracteriza su temple atónico ó tónico, claro; que ello se revela según las determinantes de sus sensaciones adquiridas y los determinados de su poder nutritivo que dan nervio y ritmo á la voluntad. Hagamos alcances.

Las plantas cuando están nutridas (verdes) obedecen sin romper sus tallos á varios caprichos de formas que se le soliciten. Los animales nutridos, tónicos, en el estado doméstico son más obedientes á los deseos del amo que cuando están hambrientos. Las fieras libres cuando están satisfechas no acometen sino se le solicitan en defensa de su vida ó bienestar. El hombre que obedece á la misma re-

gla, cuando tiene confianza, tranquilidad, y seguridad de ánimo, es conservador, alegre é incapaz de furia, y de pasiones malsanas. El hambre es la atonía, y ésta la enervación, igual á enfermedad, equivalente en nuestro caso ó á la exaltación de lucha por la existencia, miradas al fin sin reparar en medios, ó depresión igual á impotencia, y por tanto, automatismo enervante. La primera característica es del nervio fuerte; del... «Yo soy porque debo ser», y la segunda de los débiles, de los cobardes, de aquellos que dicen: «Yo no soy, porque no me hacen».

Todos los organismos existentes poseen un límite de tensión, pasado el que, se llega á la relajación y á la muerte; pero, dentro de ese límite de tensión dicho, hállase el de acomodación ó lucha por la vida, cuyo significado nos expresa el fisiologismo nutritivo y de reproducción: objeto del existir, como cuerpos organizados. Así, observamos que todos, sin excepción, obedecen á las leyes de estos dos funcionismos, las que, reflejadas sobre sus aparatos sensitivos, se expresan en: *atracción al placer y repulsión al dolor*, como concomitantes á la satisfacción de aquellas funciones: «nutrición y reproducción».

En las plantas y en los animales, el instinto ó psiquismo conservador, orienta sus atracciones y repulsiones en esta vía, mientras que en el hombre puede desviarse por sugestión (educación) su orientación conservatriz.

En los anorgánicos mismos, esta ley, en cuanto á su conservación, responde al mismo principio, si consideramos sus resistencias de cohesión, afinidad, etc. Las combinaciones, cristalizaciones y termo-quimismo nos expresan categóricamente sus afinidades á la vida. Todo vive á su manera y se rige por la misma ley de conservación: «la resistencia» contra el medio disgregante.

Las plantas clorófilas tienden sus copas buscando la luz y extienden sus raíces en procura de agua y sales nutritivas propias á dar vida á su constitución organizada. Si le ponéis un obstáculo, ella se rebelará contra él, presionándolo con la violencia, si puede lo vencerá, y sino, se anonada ó seguirá otros rumbos. La vida, en sus límites, ó la muerte fuera de él. Se nos ocurre. Tienen conciencia en sus actos...? Entiendo que sí; á la manera que nuestras células lo tienen de su nutrición, y quizás como nuestros ganglios los registran en los fenómenos de sub-conciencia. Cortemos una planta y observaremos sus resistencias; *ó cura de sus heridas ó muere*. Impermabilicemos un tejido cubierto de órganos prespirables ó absorbentes, sea, por ejemplo, las estomas en las hojas de las plantas, ó en la epidermis animal, y veremos la misma resistencia violenta; los poros cubiertos se ingurgitan de

savía ó sangre, proliferan sus células, se flemasian y una granulación tubercularia es la expresión de sus energías desembarazadas como protesta exacerbante al atentado de su nutrición.

Hagamos irritación en un insecto y le veremos rebelarse con violencia contra toda opresión. O muere, ó salva su existencia luchando. Esta es la ley universal: Un límite al existir, ó el más allá todo se destruye; pero antes se lucha por conservar la existencia.

Nada existe ni vive en sí, ni por sí, exclusivamente; sino que recibe y da materia y fuerza al medio que le rodea. Pierde y gana constantemente. De aquí que cada cuerpo tenga un horizonte de acción conforme á su naturaleza, todos afines en su conservación: «nutrición y reproducción».

Sentado esto como las generales de una ley cósmica, en lo que se relaciona á la vida, pasemos sus relaciones al hombre como ente efectivo y afectivo del concepto moral.

Vivir, es acomodarse para todos, pero luchar, es vivir, siempre que la lucha obre dentro del concepto de acomodarse dentro de la naturaleza. De aquí que el instinto, ó psiquismo de orientación sirva para ello en los seres inferiores. Y el mismo, *acoplado* al sentimiento sugestivo (educación) sea el distinguido de la moral hombre.

No digo que en los animales, su educación no auxilie á su orientación psíquica, sino que ésta obra más fuertemente en ellos que en el hombre; razón porque perdura el amaramiento instintivo de su defensa por la vida, por lo menos, en estado libre, pues en el de esclavitud, el sentimiento del miedo (siempre defensa del existir), pueden inculcarle los afectos instintivos y llegar á la muerte por el previo aplastamiento de las energías fisiológicas.

El fanatismo y el terror conducen al hombre al mismo fin, pero su tonicidad nutritiva le da alientos de resistencia, llegando á la duda ó á la sacudida más fácilmente que los atónicos. En cuanto al coadjutor educativo en el hombre, no puede contribuir á su seguridad, siempre que su evolución no concommita ó distancie los afectos de orientación instintiva; ó dicho de otra manera: la educación es útil, cuando ésta se emplea en la seguridad y bienestar del individuo, ó inútil y hasta pernicioso, cuando se separa y aleja de este fin.

Como en el hombre, á medida que sea más culto y asociado, confluyen mayor número de necesidades y deberes consigo mismo y con los demás, necesario le es, para no variar su prefijo instintivo, conformar su relación dentro de esa determinante que haga flote de su seguridad nutritiva y de reproducción: que asiente su goce y le excluya el dolor.

En un sistema social donde la mentira y la

mala fe tienen vapores cotizables (observar al comerciante, al político, al cura, etc.), y, por tanto, la virtud, el altruismo, la verdad, etc., son sinónimos de tontez y degeneración; es lógico, que los conceptos: hipocresía, casuismo y farsa, sea la moneda circulante, viéndose cada uno obligado á recambiarla lo más hábilmente que pueda para no perder el equilibrio de su estabilidad de orientación por la vida.

Verdaderamente, si algo hay inmoral y ésta perdura, no puede ser otra que la gran mentira dominante: fuente inagotable de todo mal y obsesión. Por consecuencia, ya no es vivir acomodándose á la Naturaleza ó aprovechándose de sus poderes para consolidar la existencia, sino *contra* natura que objeta la libertad de la vida torturándola en acomodación á una hipocresía casuística. Y de aquí, de esta zizana sembrada, se quiere recoger buenos frutos... ¿Algo más que pedir peras al olmo...? Y, sin embargo, la humanidad se doblega expresando todo lo que ella es superior en la naturaleza. No se concebiría si así no fuese (tomando cualquiera otro ser por relativa medida) que lleve á tal elasticidad su límite de resistencia, hasta someterse por luengos siglos á un régimen opuesto á las generales de su existir.

Vista la historia, conocida su actuación sociotaria, determinado su fisiologismo visceral y psíquico, el hombre más *cuatrero* de la tierra, es un *ángel sin hiel*, comparado con los demás seres libres y tónicos.

No me explico sino viéndolo bueno, excesivamente bueno, hasta la *inotensidad*, que el hombre haya subsistido y subsista sin rebelarse violentamente contra los detractores de su acomodación nutritiva y generativa.

No veo su ferocidad en la lucha cuando se le cohibe sus alcances de vida.

Pero sí veo su castramiento religioso y autoritario que lo amasó en la impotencia y enfermó hasta la incapacidad sensitiva y refleja.

Si al hombre se le hubiera educado netamente conforme á su acomodación en la naturaleza, esto es, si su educación se hubiera desenvuelto dentro de la verdad de los hechos tal cual son y sin mistificarlos, el mejor de los mundos sería éste, y la vida se elongaría en el placer; pero quien no ve que es todo lo contrario... ¿y de este *extremal*, quiérese que cada hombre salte un puente *haciéndose benigno* sin pensar que este pedido es el colmo del ridículo...?

Sólo la violencia de mentiras y fuerzas, enervando y aplastando á la natura, puede reclamar soberanía en este gran hospital institucionado por ella. Sólo al clero y á la autoridad corresponde su patronato cuyo final de miras es el dios oro.

A. UCAR.

## LA MENTALIDAD MILITAR

Hace poco, en un catálogo de librería vi anunciado un libro de Bourget, titulado: *Sur la nécessité et les moyens d'élever le niveau intellectuel des sous-officiers*. (Sobre la necesidad y los medios de elevar el nivel intelectual de los oficiales subalternos); puede que un día mi curiosidad venza la razón de economía y en este caso, tendré al lector al corriente de las proposiciones del señor Bourget, mi curiosidad está sobre todo excitada por saber cómo se las compone el autor para armonizar una intelectualidad más elevada con el pasaje que entresaco de una obra técnica destinada á los oficiales: *Traité de Topographie et de reconnaissances militaires, par E. Bertrand, Lieutenant du génie, professeur à l'École spéciale militaire*, libro de texto en las escuelas militares de Francia, y adoptada en la República Argentina,—dice páginas 238-239:

«El conocimiento de todos estos datos presenta casi siempre dificultades bastante grandes, porque, aunque se está operando en su propio territorio se tiene que tener mucho trabajo para obtener de los habitantes datos exactos, sobre todo en lo concerniente á los recursos económicos, que pueda suministrar el país. Se interrogara al alcalde, á los funcionarios, á los principales habitantes del país, empleando primeramente la dulzura y la persuasión; pero si se advirtiese que por mala voluntad ó astucia, sus contestaciones son contradictorias ó falsas, no hay, entonces, que hesitar en emplear los medios vigorosos. La guerra es un estado de violencia y de necesidades apremiantes, durante el cual hay que saber olvidar las leyes de la moral y de la humanidad.»

Traduzco literalmente; fuera del primer motivo á las cavilaciones más que señalé anteriormente, no viendo cómo se las puede componer el señor Bourget para elevar la intelectualidad de individuos que deben, en caso de guerra, olvidarse de las leyes de la moral y de la humanidad; me parece ingenuamente más sencillo dejar ignorar estas cosas, que podrían sino comprometer su actuación como soldados, vaya que algunos no quieran ó no puedan olvidarse de estas cosas. Esta tentativa del levantamiento de nivel me parece peligrosa y antipatriótica, al mismo tiempo que de una ironía injuriosa, dejando suponer que dichas intelectualidades son muy bajas, sin conocer mayormente y aunque su autor haya demostrado ser siempre un furioso patrioter, la señalo como tal á los patrióticos jueces que condenaron á Hervé y á los que como él profesan una perversión tan cínica del sentido patriótico.

Pero á esta cavilación se une otra. Me pregunto: Y, si tomando esta proposición, plan-

# ALMANAQUE ILUSTRADO — DE — “LA PROTESTA” PARA 1909

Contendrá 96 páginas de texto con innumerables caricaturas, ilustraciones y grabados artísticos. El material literario, científico y sociológico seleccionado, hará del almanaque un libro útil, instructivo y agradable.

Además de las 96 páginas, la tapa, cuatro páginas simbolizando las cuatro estaciones y una página artística doble, impresas en cuatro colores, harán de nuestro almanaque una obra artística de gran mérito.

El precio sumamente reducido lo pone al alcance de todos los compañeros.

*Cada uno, pesos 0.50*

Por paquete de 10 ejemplares se hará el 15 % de descuento.

Los pedidos deben venir acompañados de su importe para poder ser atendidos.

## LEAN TODOS EL ALMANAQUE ILUSTRADO — DE — “LA PROTESTA”

# NUESTRAS PUBLICACIONES

## El Despertar

Oficina, Azara 1379

Número suelto: 10 centavos

## Germen

REVISTA QUINCENAL

Oficinas, Libertad 358, Departamento 5°

Número suelto: 20 cts.

## Luz al Soldado

PERIÓDICO ANTIMILITARISTA

Oficina, Calle Superí 1372

Subscripción voluntaria

## Rumbos Nuevos

PERIÓDICO

Finz Roy 226, Bahía Blanca

## L'Agitatore

BI-MENSILE-INDIVIDUALISTA

Patricios 16, Bahía Blanca

## Pensamiento Nuevo

PERIÓDICO

Mendoza

## Ni Dios ni Amo

PERIÓDICO

Tucumán

## El Proletario

PERIÓDICO

Rodríguez Peña 25, Córdoba

## La Ráfaga

PERIÓDICO

Monte Caseros 182, Paraná

## Tierra

PERIÓDICO

Junín y Chacabuco, F. C. P.

## Vía Libre

PERIÓDICO

Calle Entre Ríos 1260, Rosario



## Escuela Moderna

SECRETARÍA USPALLATA 407

Clases diurnas para ambos sexos en su espacioso local de 8 a 11 a. m. y de 2 a 4 p. m. Cuota mensual.

Esta Escuela publica un *Boletín mensual* que remite a sus asociados y se halla en venta en todos los kioscos al precio de 5 centavos.

Dirección: Uspallata 407 - Buenos Aires

## Agencia Internacional de Publicaciones y Casa Editora de Elvira Fernández

BUEN ORDEN 1410 - BUENOS AIRES

En esta casa se hallarán en venta los siguientes periódicos de España: *Tierra y Libertad*, *El Rebelde*, *Páginas Libres*, *Solidaridad Obrera*, *Boletín de la Escuela Moderna*; *Tierra*, de la Habana; *Humanidad*, de Valencia; *Salud y Fuerza*; de Italia: *La Protesta Humana*, *La Pace*, *La Alianza Libertaria*, *La Guerra Social*, *El Libertario*, *Il Pensiero*, *La Università Popolare*; de Buenos Aires: *La Mentira*, *Germen*, *Luz al Soldado*, *Luz y Vida*, *Vía Libre*, *El Despertar* y muchos otros que no detallo por su extensión; gran cantidad de folletos en español é italiano, surtido completo en libros de sociología. Se reciben subscripciones a la importante obra de E. Reclus, *El Hombre y la Tierra*. Gran depósito de libros de la Escuela Moderna de Barcelona. Se encarga de conseguir libros de todas clases y autores.

Todos los pedidos deben de venir acompañados de su importe

No olvidarse: BUEN ORDEN 1410



## A los Subscriptores:

Pedimos á todos aquellos que con este número se les vence la subscripción y quieran seguir recibiendo el SUPLEMENTO, renueven á la mayor brevedad sus abonos á fin de evitar que se les suspenda el envío desde el próximo número.

Con el fin de aumentar la circulación del SUPLEMENTO publicamos el siguiente cupón a fin de que se lo haga llenar á sus amigos y compañeros.

*Al administrador de "La Protesta"*

837-Calle Libertad-839, Buenos Aires

Anote como Subscriptor al Suplemento Mensual de LA PROTESTA por..... trimestres, cuyo importe de \$..... remito adjunto.

A.....

Calle..... No.....

Pueblo..... Provincia.....

Ferrocarril..... País.....

NOTA — La subscripción por trimestre es de treinta centavos moneda nacional en el país; quince centésimos en la República Oriental, y setenta y cinco céntimos de franco en los demás países. Por año la subscripción es de un peso m/n. Por paquete de 10 ejemplares, ochenta centavos.

No se servirá pedido de subscripción alguna que no venga acompañado de su importe

teada como axioma en este libro de enseñanza militar; en hojas, revistas, folletos, carteles, etc., se propagase entre las filas del pueblo en esta forma casi idéntica: «El lock-out, la huelga, el pauperismo, la falta de trabajo, crea en la sociedad actual un estado de violencia y de necesidades apremiantes (vaya si son apremiantes!) durante el cual hay que saber olvidar las leyes de la moral y de la humanidad.»

Puede, también, que tal suposición no surta mayor efecto en el pueblo: es tan diferente su mentalidad de la que adorna á la soldadesca!

J. A.

## LA ELOCUENCIA POLITICA

*A los baratilleros de la palabra: Roldán, Palacios, Ferri, etc. A los charlatanes de todo pelo... A los Bartolos tocadores de sempiternas flautas... A los loros, loritos, cotorras que marean con discursos huecos... y también al pueblo de los Papanatas que florece bajo todas las latitudes... dedico esta traducción.*

—Hablemos libremente, continuó el joven príncipe, por lo que pude ver, el arte de gobernar se asemeja mucho al arte de hacer bailar títeres. Todo el secreto consiste en atar en todas partes hilos invisibles, y de tirar de ellos en el momento propicio.

—Señor, gritó el barón, déjeme Vd. llorar de gozo y de admiración. En una palabra, Vd. viene de definir la política administrativa, la única política que sea digna de este nombre. Jamás se hizo tan bella y tan justa comparación.

—Es mi humilde parecer, dijo Foncheatout, solamente la escena es aquí tan vasta y los actores tan numerosos y tan movibles, que debajo de la voluntad que manda es necesario millares de manos que obedezcan.

—Vd. olvida, dijo amablemente Jacinto, que también se precisan espíritus cuerdos y prudentes para alumbrar esta joven voluntad: es á mí de recordarme de eso. Los agradezco los consejos y el apoyo que Vd. me quiere dar; siento solamente que el señor caballero Pieborgne haya guardado el silencio; no nos fué permitido oír esa voz tan elocuente que hace la admiración de los gobemouches, (literal: papanatas.)

—Señor, contestó el abogado levantándose, y haciendo girar su silla delante de él, para hacerse de ella una tribuna, nunca hablo en el consejo; lo que aquí se dice no me interesa; no

he escuchado una palabra de la discusión.

—Pero, dijo el joven príncipe un poco sorprendido, no debe Vd. defender estas mismas leyes delante de nuestro parlamento.

—Sin duda ninguna, señor, añadió Pieborgne, y es precisamente por eso que yo tengo mucho cuidado en no averiguar lo que dicen. Sí, gritó con todos sus pulmones y golpeando el respaldo de su silla, si yo solidarizaría mi opinión con la del señor ministro legislador, podría suceder eso: que en la ocasión, si el ministro cambiase de parecer, estas irresistibles preocupaciones enredarían el hilo de mi argumentación...

—¿Qué idioma está Vd. hablando? dijo Jacinto.

—Señor, es el «charabia» parlamentario. Necesitamos de esta jerga para hacer desfilar nuestras pequeñas ideas tras palabras enormes y rimbombantes, las cuales hacen la felicidad de un pueblo cuya infancia fué hamacada por el por el ruido de las campanas y de los tambores. Pero, para ser agradable á V. M., soy capaz de todos los sacrificios, y, si así lo desea hablaré como un simple mortal.

—Tenga Vd. la bondad de contestarme formalmente, dijo el joven príncipe. ¿Cómo tiene Vd. la audacia de decir que va á defender una ley que Vd. no conoce?

—Dios quiera que no falte el respeto á V. M., dijo Pieborgne, yo hablo con toda la gravedad de un abogado. V. M. me hará pronto justicia. Aquí tiene Vd. el secreto de la elocuencia, añadió al mismo tiempo que echaba sobre la mesa un juego de naipes; en una hora puedo enseñar á Vd. el arte de reducir y de conducir todos los papanatas, pasados, presentes y futuros. ¿Quiere su señoría fijarse que este juego representa toda la retórica. Cada una de estas cartas contiene un argumento.

Vea Vd. estas tres pelucas sobrepuestas: Es «la sabiduría y la experiencia de nuestros padres, el buen sentido de nuestros antepasados, la prudencia de antaño.»

Esta mujer con los ojos vendados, la cual tiene un nivel inclinado, es la Ley santa, la Ley irrevocable á la cual nadie puede tocar sin sacrilegio.

Esta trompeta, de la cual salen estas palabras: «Honor, virtud, patriotismo, moral» personifica los ministros y todo este ejército administrativo, cuyos infalibles soldados son más numerosos que las estrellas del cielo y la arena del mar.

Mire Vd. este niño que no quiere decir A porque tendría que decir B después, es la feliz simplicidad y la ignorancia santa.

Esta cabeza de Medusa, toda cubierta de serpientes, es el calumniador, el hombre sospecho de malos designios, el enemigo del go-

*bierno*, en una palabra, aquél que no es de nuestro parecer.

Este pozo representa *«el abismo de perdición»*, donde el monstruo revolucionario espera para devorarlo al primer temerario que se movería.

Sobre esta bandera está escrito: *«Quien nos ataca, ataca á la sociedad.»*

Aquí viene el *«espectro de la anarquía»* con un cadalso en lontananza.

Esta copa envenenada, cruzada con un puñal y una antorcha, es la *«prensa opositora»*, cada uno de Vds. la habrá reconocido.

Admiren esta coquetona que se mira en un espejo, y dice: *«Todo el mundo me admira»*, es la feliz nación de los Papanatas.

Este buey recostado, que mientras rumia está mugiendo: *«¿Por qué cambiar cuando uno está bien?»* es el emblema de esos individuos sólidos y prácticos, á quien una fortuna adquirida da el gusto del reposo.

Sobre esta carta está un caracol con esta divisa: *«Festina lente.»*

Sobre esta otra una cita cuyo sello lleva: *«Hoy no, más tarde.»*

Vean Vds. estas bestias fantásticas: grifos, quimeras, hipógrifos, esfinges, son las *«teorías, las visiones, las utopías»* de todos esos soñadores que vienen á turbar la paz de los de los pueblos.

Al fin, aquí tienen los cuatro ases.

*Corazón*, la religión.

*Carreau*, la moral.

*Trébol*, el gobierno.

*Pique*, el orden social.

Y, al fin, aquí está la carta maestra: la quí-nola; es una figura tapada de la cual no se distingue ni el talle, ni la figura, y que se llama *«la prudente libertad.»*

Ahora, señor, mezcle Vd., corte Vd., y llamando al azar estas cartas empeño mi palabra que pronunciaré un discurso ministerial que valdrá todos los que se han aplaudido desde cien años atrás.

—Todo esto es, sin duda, muy ingenioso, dijo Jacinto un poco intrigado; pero necesario es, sin embargo, que Vd. hable de la ley, para la cual Vd. va á pleitear.

—Estoy desconsolado de haberme expresado tan mal, contestó Pieborgne. La virtud de estos naipes ó de estas hermosas generalidades, es tal, que puede atacar ó defender todo lo que uno quiere. Que V. M. tenga á bien ponerme á prueba; que piense una ley, que cada uno de mis colegas haga otro tanto de su lado y yo me encargo al instante de defender contra los ataques de la oposición y con un solo discurso, estas tres leyes de las cuales no conozco ni la primera palabra. Tengo la osadía de esperar que V. M. no quedará descontento de esta pequeña experiencia. Sin vanidad, pue-

do decir que aproveché muchísimo de las lecciones del finado Cicerón, y, no me creo menos hábil que mis ilustres antecesores.

—Sea, dijo el príncipe, he pensado una ley, hable Vd.

—Y sobre todo, añadió el barón, no vaya Vd. á perderse en preámbulos para preparar su improvisación.

—Barón, dijo Pieborgne, Vd. me conoce muy mal. acaso me sucedió alguna vez el reflexionar antes de hablar? Cuidado, la cámara está agitada por la palabra del más hábil orador de la oposición; el proyecto ministerial está comprometido, se propone una reforma audaz; yo subo á la tribuna, y debuto modestamente, según las reglas del arte. Estimado barón, hágame el favor de desparramar los naipes sobre la mesa. Muy bien, aquí tengo mis argumentos en línea de batalla. La revista va á empezar.

Señores:

Escuché con atención sostenida el discurso del honorable diputado. Y debo confesarle lealmente, nunca jamás el hábil orador llegó tan alto. Yo no sería un papanata si hubiera podido resistir á esta elocuencia torrencial que nos arrastra y nos eleva hacia las cumbres más elevadas del Ideal; pero como hombre de estado es de mi deber arrancarme á este encanto, no debiendo consultar ni escuchar sino la fría razón. Pasando por este alambique, no temo en decirle bien alto, el discurso no sostiene la prueba; no veo en él más que el abuso lastimoso de un incomparable talento.

¿Cuál es, en efecto, el sistema que el honorable diputado opone á los prudentes proyectos del gobierno? Voy á definirlo en una sola palabra: es la ignorancia, ó por llamarla por su verdadero nombre: la Revolución.

—¡Bravo! gritó Pleuvar, ¡bravo! ¡aplaste Vd. el infame! mi querido amigo, aplaste Vd. al infame!

—Negará Vd., continuó Pieborgne calentándose, negará Vd. que las ideas que defiende Vd. sean nuevas? No, Vd. se hace gloria de su novedad; pero, francamente, cree Vd. que haya que hacer nuevos descubrimientos en política; en esta solicitud hacia los intereses públicos que no es sino la aplicación de la experiencia y del buen sentido? Si la medida que Vd. propone fuera saludable, piensa Vd. que hubiera escapado á la sabiduría y á la experiencia de nuestros padres, al buen sentido de nuestros antepasados, y, no temo emplear esta palabra gótica, á la prudencia del buen tiempo de antaño? ¡Qué! ¿Estos venerables fundadores de nuestras instituciones habrían pasado al lado de estas grandes ideas sin verlas, y sería á nosotros, hijos degenerados de tan gloriosos padres que debía haber la gloria de sus descubrimientos? Seamos más modestos, señores, la vanidad no conviene en un

país tantas veces trastornado por las revoluciones. En el medio de estas ruinas amontonadas, una sola cosa queda en pie: es la Ley, la Ley, santa herencia de nuestros abuelos, que debemos transmitir intacta á nuestros hijos. Remediar á las degradaciones del tiempo, empujar la Ley hacia su primitiva pureza, como lo propone el gobierno, eso sí es una obra de amor filial; derrumbar esta columna que lo sostiene todo, es sacrilegio, es impiedad. No tiene Vd. el derecho de romper el pasado. ¿Qué hay en el fondo de la medida propuesta? Nada más que un sentimiento de desconfianza contra el gobierno de Su Majestad. No es el pueblo que Vd. quiere libertar, Vd. lo sabe muy bien; vuestro fin es de someter los ministros y la administración. ¿Y con qué derecho? Comprendo estas precauciones cuando se teme un peligro, pero lo pongo á juicio de la mayoría, de esa mayoría firme, esclarecida y modesta, la cual desde tanto tiempo defiende el orden social. ¿Sería por casualidad que la oposición tiene ella sola el monopolio de la virtud, del honor, del patriotismo, de la moral? ¿Sería, acaso, que el patriotismo de la mayoría, que la abnegación de los ministros, no es la primera y la más sólida de las garantías?

¡Muy bien! ¡Muy bien! dijo Fouchetout.

No, señores, no se dejará seducir la Cámara por estas peligrosas ilusiones. Si hoy tuviese la debilidad de ceder, mañana estos mismos hombres, embriagados por su triunfo llevarían nuevas reformas que no se podrían desechar.

Si no resistimos desde el primer avance, ¿cuando nos podremos parar señores? Cuando será demasiado tarde, cuando nos habrán empujado sobre la pendiente que fatalmente é irresistiblemente conduce al abismo de las reacciones. Se procura adormecer nuestra prudencia diciendo que estas reformas son inocentes, cuyos benéficos resultados siembran la riqueza y el bienestar. Estos son, señores, viejos sofismas, que nollegaron á engañar nuestros predecesores. Los Papanatas son el primer pueblo de la tierra, el mundo los envidia; somos los primogénitos de la civilización, somos el modelo de las naciones, cabe á ellas de imitarnos, nos es á nosotros de seguir tras pueblos atrasados. No quiero de estos presentes sospechosos, la merma que nos los ofrece añade á mis temores, á más le digo francamente, lealmente, en verdadero Papanata, más me gusta engañarme con mi patria que de tener razón con el extranjero.

—¡Bravo! dijo el barón llorando; eso es verdadero patriotismo ó no conozco nada de la cosa.

Seamos lógicos, continuó Pieborgne, no es-

tamos felices? ¿No está el talento en su lugar? ¿No aumentan cada año las entradas de los impuestos? ¿No viven millares de extranjeros, rindiendo homenaje á nuestra superioridad, cambiar su oro contra nuestros placeres y nuestras fiestas? ¿No suministramos al mundo entero de nuestras modas y de nuestro espíritu? ¿No se hacen gloria los pueblos más bárbaros de venir á nuestra escuela y de copiar nuestra administración? Para dar gusto á algunas ambiciones mezquinas y envidiosas, debemos derrumbar el glorioso edificio que cobijó nuestros antepasados y que protegiera nuestros descendientes.

No es el gobierno que Vd. ataca, dicen ustedes, son los ministros. Conozco desde tiempo esta pérfida distinción, no engañara á nadie. A Dios plazca, señores, que así fuese! ¡A Dios plazca que los ministros solos fuesen amenazados por la oposición! Entre estos hombres que se tratan con tanta injusticia, no hay ni uno solo, crealo Vd. bien, que no cambiase los cuidados y las amarguras de la vida pública por el sosiego y la dulzura de la vida privada. Si el deber los tiene en el puesto más peligroso, es que saben, por experiencia á quien se dirigen los golpes de la oposición. Se ataca á los ministros para derrumbar la autoridad; se nos echa en nuestras cabezas el desprecio, la injuria, la calumnia para arrastrar y ahogar al gobierno en el fango.

Lo que se quiere es inutilizar los defensores, los soldados del orden público, á fin de empujar un pueblo por demás crédulo á todas las miserias de la anarquía, á todas las abominaciones de la revolución y de la guerra civil.

Pero que la oposición no vaya á creerlo, No jugaremos su juego de ninguna manera. Guardianes de la sociedad, orgullosos del depósito que nos fué confiado, más orgullosos todavía de la confianza que un príncipe ilustre tiene á bien de manifestarnos, nunca jamás, las violencias ni las amenazas llegarán á menguar nuestra devoción. Mientras nos quedaran voz y fuerza, no permitiremos que se separe la causa de la administración de la causa del país. Sin ambición como sin debilidad, combatiremos con energía, decididos á no dejar nuestro puesto y bien convencidos de que al defender nuestra cartera, defendemos al mismo tiempo la sociedad, el príncipe y el estado.

—Verdad que el tipo tiene talento, murmuró

—Se habla de ciega resistencia, de obstinación, de capricho, continuó Pieborgne en un tono lleno de emoción y sentencioso; ¿puede pensarse un solo instante que estas insinuaciones lleguen á herirnos? ¿Será uno ciego porque alumbra su camino? ¿Será uno obstinado porque es prudente? No queremos precipi-

tar nada porque tememos las consecuencias; no hay más que la ambición y la temeridad que caminan sin saber donde van. Se dice que no somos liberales; desecho esta acusación como una ofensa. Aborrezco las innovaciones, no tengo para qué negarlo, pero me gustan las mejoras. Temo las reformas repentinas, la historia no ha enseñado donde llegan las naciones; mi divisa es la del poeta: «El tiempo respeta poco lo que se hizo sin él»; pero soy partidario del progreso moderado, del que se efectúa bajo la dirección e influencia del gobierno. Más que nadie, honro la libertad de la prensa, veo en ella el paladium de la constitución, pero aborrezco la licencia de los periódicos; no quiero que se envenene al pueblo, no quiero que se asesine la inocencia; la verdad alumbra pero no incendia.

Que la cámara me permita una última reflexión, la cual sin duda no habrá escapado a su espíritu práctico y a su buen sentido. Todas estas reformas que fueron propuestas son demasiadas bellas para ser posibles. ¡Son utopías! Teóricamente, eso es magnífico, pero que llegue la aplicación! Si el buen sentido de la cámara no estaba aquí para espantar todas estas quimeras, las primeras víctimas de estos temerarios ensayos serían precisamente los que las proponen. Los salvamos de su propia locura! Y ya que la oposición no nos regatea los consejos, que me sea permitido darle una advertencia.

En lugar de reformar el estado, la constitución, la administración y todas estas admirables instituciones que estimulan la codicia de nuestros vecinos; que la oposición se reforme ella misma; no le faltará trabajo. Que renuncie á las injurias, á las violencias, á las calumnias; que no nos canse con teorías quiméricas; que no nos eche siempre en cara estas importaciones extranjeras que hacen que se rebele nuestro patriotismo; que deje de debilitar la moral y la religión, el gobierno y el orden social, y yo se lo prometo, el día en que habrán desarmado los partidos, el gobierno desembarazado de los obstáculos que paralizan sus generosas invenciones, será el primero en dejar al buen pueblo de los Papanatas gozar en paz de una discreta y fecunda libertad.

—¡Bravo, querido amigo! dijo el barón, salvo esta detestable concesión á esa abominable revolucionaria que se llama la prensa, su discurso es una obra maestra de elocuencia y de verdad.

—Señor, dijo Pieborgne con modestia, espero el juicio de V. M.

—Señor caballero le felicito, contestó Jacinto; me parece difícil enunciar ideas más justas, y de defenderlas con más buen sentido, moderación y talento.

—Y bien, señor, dijo alegremente el abogado, si V. M. me lo permite, voy al instante mismo á refutar punto por punto este discurso; no dejo de pie ni una sílaba. Probaré que toda esta argumentación es hueca y ridícula, que es buena solamente para solaz de los Papanatas. Veo que V. M. titubea, teme, sin duda, que esté cansado; que se tranquilice, hablo seis horas sin toser. Pleitar, gritar, gesticular, es mi felicidad, es mi gozo, es mi vida.

Empiezo. Machacando el hierro mientras esté caliente.

(Continuará).

## LA CIENCIA Y LA MORAL

La Ciencia se propone dar al pueblo las maneras de vivir desde luego, y por consecuencia de desarrollarse intelectualmente, libertándolo de las antiguas servidumbres de la pobreza. Pero hay otras miras en la ciencia, miras más altas, me refiero al liberamiento de los dogmas impuestos, á la libertad de pensar, que precisamente es un resultado de la educación científica. Agregaré que la ciencia es también la más grande escuela moral que hay. Insisto en esta afirmación.

Muy á menudo se ha dicho y hasta se ha repetido entre ciertos hombres, que son las religiones las fundadoras de la Moral en la humanidad. Esto es un error histórico. Las antiguas religiones casi eran extrañas á la moral. Si se invocaba el poder de los dioses mediante fórmulas, oraciones y sacrificios, era con propósitos de interés personal, en los que la moral, por lo común, nada tenía que ver. La moral no ha entrado en las religiones sino muy tarde, por la reflexión de los filósofos, es decir, por la razón humana que ha sido su verdadera fundadora.

En la misma religión cristiana, la moral no ha sido introducida sino como consecuencia de las enseñanzas de los filósofos griegos: esto es algo que ha sido demostrado muchas veces.

Sí, la reflexión laica de los filósofos griegos separó la Ciencia de la Religión y como consecuencia de sus meditaciones y preceptos, la moral ha sido fundada y establecida científicamente en el mundo. El papel educador de la ciencia no se ha concluido por eso; gracias á ella la moral se purifica más y más, desembarazándose de añejas supersticiones: peregrinaciones, invocaciones á los santos y á los dioses, á menudo con fines opuestos á toda moral. Al mismo tiempo, la moral trabaja sobre todo en pro de la utilidad social y humanitaria.

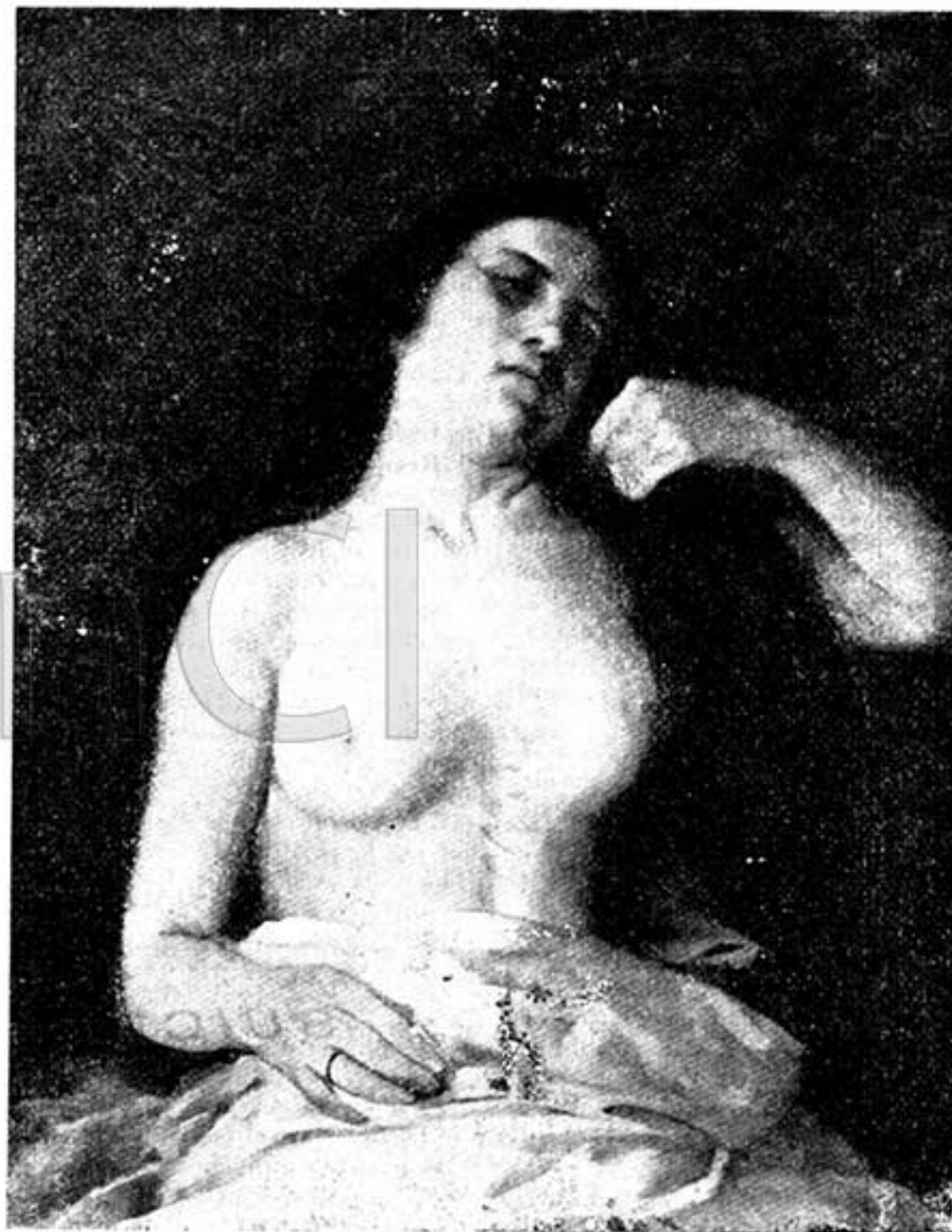
La Ciencia es la verdadera escuela moral,

declarémoslo en voz alta: enseña al hombre el amor y el respeto á la verdad, sin la cual toda esperanza es un sueño. La Ciencia enseña al hombre la idea del deber y la necesidad del trabajo, no como un castigo, sino por el contrario, como el más elevado empleo de nuestra actividad; la idea de la solidaridad de

generación reconocen su deuda para con las generaciones anteriores; en el que todos los hombres de la generación actual deben adquirir capacidades, apoyarse unos en otros, y consagrarse al desarrollo moral y material de las generaciones que vienen. La modestia personal y la devoción por la verdad y por la humanidad son, por excelencia, las virtudes científicas.

Cada sabio ayuda á construir el edificio

### NOTA ARTÍSTICA



VERANO

unos hombres para con otros se debe sobre todo á la Ciencia.

Entiéndase, no es que proclamemos jamás dogmas infalibles, que estanquen todo progreso humano, pues la ciencia es una cosa sucesiva; los sabios de cada época no son más que sus representantes efímeros. La Ciencia siempre más grande, este edificio de la solidaridad, en el que todos los hombres de una ge-

neración reconocen su deuda para con las generaciones anteriores; en el que todos los hombres de la generación actual deben adquirir capacidades, apoyarse unos en otros, y consagrarse al desarrollo moral y material de las generaciones que vienen. La modestia personal y la devoción por la verdad y por la humanidad son, por excelencia, las virtudes científicas.

MARCELINO BERTHELOT.

## DE LA LUJURIA

Existen, para mal de las generaciones futuras una infinidad de seres que llevan una vida en extremo desordenada, y que, faltos de esa fuerza de voluntad y espíritu de observación común á los cerebros bien constituidos, que permite ver á todas luces la estricta realidad de las cosas que nos rodean, y que, debido á esa causa, se dejan arrastrar, sin intentar evitarlo, por la corriente del vicio, de la corrupción más espantosa, quedando en breve tiempo convertidos en seres degenerados moral y físicamente.

Algunos hay que, en momentos de lucidez (llamémosle así), alcanzan á ver en toda su espantosa magnitud el porvenir que les deparan esas viciosas prácticas, y entonces es cuando intentan reaccionar, procurando volver las espaldas al vicio, huyendo de él. Mas no pueden: éste se ha hecho carne en ellos, los atrae; privados de esa fuerza moral que rige á todos los humanos, débiles, agostados sus organismos por los embates del vicio, mueren lentamente aprisionados entre sus poderosos tentáculos.

Aducen éstos, como razón que justifique la vida que llevan, que no pueden prescindir de ello, por cuanto se trata de un instinto natural, y como tal, debe dársele rienda suelta.

¿La lujuria, «un instinto natural»?...

Admitamos como cierto esto, y formulamos esta pregunta: ¿Debe el hombre ser juguete de un instinto?

En cualquier cerebro amorfo, puede gestarse una contestación afirmativa; pero, la negación más categórica debe ser el complemento de la pregunta que acabamos de hacer.

El hombre debe sobreponerse al instinto, y, por ende, á los nervios; de no ser así, no tendría porque llamársele «hombre», dado que en nada se diferenciaría de los seres vivientes que forman la escala zoológica inferior.

Considerada la lujuria como un vicio, pues no es más que tal cosa, ésta es susceptible de dominarse, como lo es todo vicio por más profundas raíces que haya echado en el organismo, tan sólo se necesita para ello, ya está dicho, ser más fuerte que el vicio mismo.

Mas, las causas engendradoras de la lujuria son múltiples y poderosas, y de ahí que hoy por hoy sea poco menos que imposible substraerse á ella.

Comienza el hombre en su edad viril, con el placer carnal, realizando un acto necesario é inherente á todo ser viviente, y surge luego de ese placer mismo, el abuso, el exceso desordenado, la lujuria.

Es que en la realización de ese acto fisiológico hay hombres que más tienen de bestias que de humanos, pues lo efectúan en una forma

puramente animal é inconsciente, en el que el cerebro no toma parte más que para percibir las sensaciones transmitidas por el sistema nervioso primero, y los síntomas del mal engendrado por el desordenado abuso de ese acto, después.

Si se midieran las proporciones del mal, es bien seguro que el vicio sería el juguete del hombre, no viceversa como actualmente acontece en esos degenerados, mas, como nacen con el estigma del mal, y, por lo tanto, propensos á dejarse arrastrar por él, no pueden estar dotados de esa fuerza de voluntad que hace del hombre un roble y no una amarillenta hoja, juguete de las suaves brisas.

Son los vencidos de la vida.

Heredan de sus progenitores las mismas cualidades físico-morales y continúan disponiendo de ellas como un algo rutinario y del que no pueden prescindir.

Por ventura, el mal tiene remedio; éste se pregona actualmente por todos los ámbitos del mundo como una medida salvadora: el *neo-malthusianismo*.

¡Regocijaos, lujuriosos!... Podréis continuar con vuestras desordenadas crápulas, pero al menos no llenaréis el mundo de seres amorfos y repulsivos, copias auténticas del artífice que pretendió darles forma.

Pero también para practicar el *neo-malthusianismo* se necesita esa fuerza de voluntad de la que carecen estos seres de quienes os hablo, y es casi seguro que harán caso omiso de él, continuando por el mismo sendero del vicio, rumbo á su completa degeneración, hacia la muerte.

Y es casi preferible así; aunque más valiera que murieran al pisar el dintel de la vida.

La Vida así lo exige.

F. GIRIBALDI.

## SUICIDA

¿Valor? ¿Cobardía? ¡Quien lo sabe!

¿Puede, acaso, precisarse el sentimiento que guía la mano que mueve un dedo y corta una vida?

¿Hay valor en renunciar á la lucha? ¿Hay cobardía en renunciar á la vida?

¿El suicida piensa, raciocina su acto para medir el grado de valor ó cobardía que él encierra?

¡Sería necesario preguntárselo á un suicida, y los muertos no hablan!

Se han escrito sendos tratados filosóficos y morales sobre el tema, y, entre afirmación y negación, queda el enigma.

El suicidio no es valor ni cobardía, es locura.

Inútil busquemos las impresiones del instante culminante del drama, cuando el frío acero corta las carnes, ó cuando el caño huela la sien; una fuerza irresistible hiende la filosa hoja y baja el gatillo; la sensación física que pudiera detener el brazo, es ahogada por el impulso de una idea fija que ha debilitado la voluntad y ha hecho presa del pensamiento.

No hay cobardía ni valor, porque en cada caso, el suicidio representa un renunciamento y una conquista, una negación y una afirmación.

Conocemos una historia, real, verídica, cuyo protagonista fué un amigo, y que comprueba acabadamente nuestras afirmaciones. Es el proceso de un suicida. Nuestra vida en común nos permitió seguir paso á paso la marcha absorbente de la idea que nos lo arrebató á nuestro afecto.

Vamos á relatarla sucintamente.

El nombre no hace al caso: le llamaremos Arturo, por llamarle algo y agregaremos que era joven cuando le conocimos y joven aun cuando cayó.



LOS MISERABLES

La bala, el veneno ó el puñal pone término á un sufrimiento; es la conquista del placer y el límite del dolor, pero al propio tiempo, se renuncia á la vida, y con ella á todos los placeres físicos y morales que puede proporcionar.

Para el creyente en otros mundos, en paraísos é infiernos, en justicias divinas, en condenaciones eternas, el suicidio es la cobarde huida del dolor y la valiente afrontación del castigo.

No hay reflexión en el suicidio; se va á Ja muerte arrastrado por la inconsciencia, como se rueda por el abismo á impulsos de la atracción.

Fuerte, sano, robusto, jamás lo vimos prostrado por dolencia alguna; metódico y arreglado en su vida, jamás un exceso pudo desequilibrar sus facultades cerebrales.

Sus entusiasmos, sus pasiones, traían ese sello que imprime á todos los actos del hombre, un cerebro bien constituido, un estado nervioso normal y una constitución robusta.

Juntos hemos experimentado fuertes sensaciones; soldados de la gran revolución, las derrotas y los triunfos que hacían vibrar mis nervios, lo dejaban á él tranquilo, seguro de sí mismo, denunciando su satisfacción en una sonrisa, ó produciendo la adversidad nuevas ideas ó nuevos planes, tranquilamente medi-

tados y activamente planteados y desarrollados.

Tenía un defecto ó una virtud, difícil es calificarlo; era una falla; ni el amor ni el entusiasmo, ni la amistad, embotaban sus facultades analíticas y con la misma serenidad que estudiaba al contrario, analizaba el carácter, desentrañaba los sentimientos y descubría los pensamientos de sus amigos.

Debió ser esa facultad la que lo empujó á la muerte.

Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo; sentía por él una sincera amistad que me retribuía. A mí me hacía las confidencias de sus pensamientos. Fue el primero que conocí sus amores y el único que pude medir la intensidad de su dicha. También soy el único que conozco el camino que lo condujo al suicidio, camino lleno de abrojos que desgarraron sus carnes.

Tuvo un amor y formó un hogar.

El amor grande, inmenso, que los unía, hacía suponer que la vida se deslizaría en aquel hogar tranquila como las aguas de un arroyo sobre la florida pradera.

Sin embargo, algo se opuso á la felicidad aquella, y el mismo amor de Arturo por la compañera de su vida, hizo nacer en su cerebro el deseo de la muerte.

—No la hago feliz; me repetía muchas veces. El amor que por ella siento no puede tolerar el menor sufrimiento. Sus tristezas, sus preocupaciones, son puñales que me hieren.

Arturo era pobre; su actividad en las filas avanzadas del pensamiento; su carácter libre, indomable, era un obstáculo entre él y la sociedad, y muchos días pasaron sin que el hambre fuese satisfecha.

La sociedad se defiende: contra los rebeldes, el pacto del hambre.

No se acuerdan las modernas democracias de cuando estaban frente á la sociedad de su época, desafiándola. Entonces gritaban: «Libertad, Igualdad, Fraternidad», y reclamaban derechos.

Hoy han cambiado los tiempos; los revolucionarios de entonces han escalado las gradas del poder y sentados en el trono de las prepotencias descargan los rayos de su ira sobre las cabezas erguidas de los modernos soñadores, de los hombres del mañana.

Arturo fué víctima de esa inconsecuencia; los talleres y las fábricas se cerraban ante su demanda de trabajo y la miseria se enseñoreaba de su hogar.

Entonces, surgió en aquel cerebro la idea del suicidio.

Fué en un principio una idea fugaz, rechazada apenas concebida. Luego, poco á poco, fué

dominando, hasta presentarse como una solución.

Quería substraer del sufrimiento á su joven compañera y le pareció el suicidio el único recurso. El amor los ataba y sólo la desaparición de él podía libertarla á ella. Mientras vivieran estaba encadenada á su suerte, así como él lo estaba á ella por el amor.

¿Huir? ¡Imposible! La quería demasiado para vivir sin ella; además, tampoco ella aceptaría la separación.

Y la idea del suicidio marchaba avasalladora, irresistible.

Un día, después de largas reflexiones se levantó de pronto y con paso firme se acercó á un mueble, abrió uno de los cajones y empuñó el revólver...

¡Cuántas ideas acudieron á su mente en el breve espacio de un minuto.

Triunfó la razón, y arrojando lejos de sí el revólver, irguió la frente, apretó los puños, borboteó una maldición, y así, grande, fuerte, triunfador, cantó á la vida un himno, breve, una frase:

—¡Quiero vivir, quiero vencer!

Pasó tiempo y el desaliento volvió á empuñar el revólver.

Tampoco esta vez el plomo hizo víctima.

Pero no fué el orgullo y el valor del fuerte que venció esta vez; fué una debilidad y una cobardía.

—¡Mi amor! ¡mi amor! balbucearon sus labios y la mano dejó caer el revólver y la frente se inclinó...

La lucha se reanudó y continuó cada vez más débil.

Ya no era el valor de la primera vez ni el temor de la segunda. La idea fija del suicidio iba ganando terreno, apoderándose paulatina é insensiblemente de aquel cerebro...

No eran tan agudas las crisis; el puño no se crispaba ya, ni la frente se humillaba.

Y la resistencia cada vez más débil era impotente para vencer á la idea incrustada en el cerebro, dueña de la voluntad.

Recién luego he conocido algunos detalles de sus últimos días que me han permitido reconstruir los pormenores de la lucha.

Arturo, exteriormente no había variado; sólo noté en él un retraimiento que atribuí á las preocupaciones que le producía su situación económica.

El desenlace fué la consecuencia lógica.

Un día la idea fija venció; fué más fuerte que la voluntad y que el miedo y el revólver hizo su obra...

Arturo cayó...

MARIO THEMIS.

## ANARQUÍA Y REBELIÓN

—:—  
Idea de redención  
que por la raza labora.  
GHIRALDO.

Todos los actos relacionados con el progreso humano, responden á la conformación íntima de la vida, quien en su eterna evolución arrasa todo cuanto pretende oponerse á su ley; de allí que nadie pueda crear, todo esté encerrado dentro de la materia que se investiga, la cual posee las masas homogéneas y heterogéneas que el hombre descubre y aplica á sus necesidades; pero es el caso que el hombre forma parte integrante de la vida, de consiguiente sus actos reflejos ó reflejados, no son otra cosa más que el mismo movimiento manifiesto en la naturaleza.

Los diferentes sistemas de gobierno respondieron siempre á la capacidad general de las sociedades y si alguien ideó una nueva forma tuvo que luchar contra todos los organismos que servían de base para el sostenimiento del régimen imperante; y es de notar que, los reformadores tuvieron siempre necesidad de oponer diferentes armas de combate á las esgrimidas por los conservadores. Por eso dice Reclus, (1) «á primera vista parece que nada pueden oponer enfrente, sin dinero, sin ejército; sucumbirían, en efecto, sino representarían la evolución de las ideas y las costumbres; no son nada, pero tienen de su parte todo el movimiento de la iniciativa humana. Todo el pasado pesa sobre ellos, pero la lógica de los acontecimientos les da la razón y los empuja hacia adelante, á pesar de las leyes y los esbirros».

Así cuando se pronuncia, en su forma y fondo, una fuerza de oposición tiene, por su misma índole, diferente poder, aun cuando, en calidad y cantidad, sea superior ó inferior á la fuerza contraria. Y ahora, pasemos á justificar el título de este artículo.

La autoridad en todas sus bases: capital, militarismo, religión, etc., es el producto de la ignorancia y la inexperiencia, no en la idea, sino en la manifestación, por cuanto es materialmente imposible gobernar si nadie quiere ser gobernado.

Los miles prejuicios que azotan á la humanidad son las cadenas que sujetan la existencia al carro de los infortunios; los hombres parecen que gozaran con propagarse unos á otros sus temores y sufrimientos. Bien cantó Petrarca (2), ¡qué pocos son los que respetan la especie sin preocuparse del individuo! Zorrilla en su drama «La muerte de Colón» pone en boca de éste al dirigirle una carta á la reina; los siguientes versos:

«Perdonad que yo os hable,  
Señora, de igual á igual.»

El concepto de la superioridad ajena influye

en el ánimo del individuo que sólo piensa en su estómago, y le hace aceptar todos los acontecimientos por más absurdos que sean; es necesario, entonces, y ésta es obra para los más audaces, sacudir esa pachorra predominante en los ambientes rutinarios que los convierte en una masa con forma de hombre, incapacitándose por su misma obra para ocupar el puesto que les corresponde en el orden natural como poseedores de raciocinio amplio.

Pero sabido es que para hacer posible la existencia de la autoridad es preciso que existan las mismas causas que la determinaron; de consiguiente, se desprende que el saber y la experiencia son los enemigos más grandes del estado. Ningún pensador que analice el sistema social actual sin átomo de parcialidad, puede aprobarlo.

La obra anárquica tiende á formar, no un sistema, sino una nueva forma de vida, por eso me causa risa cuando oigo decir que esta lucha son gestaciones rebeldes. En realidad, el anarquismo es una escuela filosófica que, interpretando la psiquis humana y sus necesidades orgánicas procura iniciar una época donde cada cual pueda desenvolver su propio valor; no desconozco que dado el enemigo contra quien lucha, y por las razones que lo hace, fórmase el individuo que sustenta su idealidad, un espíritu que en la actual organización de cosas debe forzosamente rebelarse, pero es bueno no confundir anarquismo con obrerismo y ciudadanía, téngase presente que el obrero en su lucha deja existente la causa inicial de la rebelión ó sea el capital, y además, si hubiese de juzgar por esos actos, nadie ignora que anarquistas (ó individuos que se titulan tales) se conocen traidores de movimientos, quizás en la misma ocasión que un católico lucha con ardor para el triunfo de la misma causa.

Suelen objetarme que, en la actualidad existen leyes, y quieras ó no hay que sujetarse á ellas, y que por eso nuestros actos son rebeldes. A esto respondo yo: El anarquismo persigue una finalidad consciente y no la adaptación á instintos caprichosos. La oposición que hacen los gobiernos es debida á un exceso de atavismo ó bien á intenciones perversas, y eso precisamente es la causa que obliga á los que tienden su mirada hacia el porvenir, á idear medios que acaso sean la negación de la grandeza que el fin sustenta, pero ¿qué es preferible? ¿Acaso que la serpiente muerda el músculo del transeunte en cambio de ser muerta por éste? ¿no pretenden ellos matar, no tan solo al individuo, sino también al pensamiento? Si los guiara la lógica comprenderían que no les asiste ningún derecho para intentar detener la evolución humana. Los individuos actúan en el concierto vital aportando cada uno el grano de arena al edificio

común; el gobierno, es un malhechor cuyo objeto es buscar fórmulas que logren imposibilitar la marcha progresiva del edificio. Y al verse impotente, ruega por el ciclón que lo dé en tierra, ¡es un estorbo á todo lo que represente un esfuerzo intelectual, á un avance de los buenos!

Si el anárquico fuese rebelde imposibilitaría definir filosóficamente la tendencia del ideal, que al fin, puede decirse, busca desconcepcionar la frase libertad á intento de no enjendrar la tendencia opresiva; si esto es rebeldía, yo no sé que significa nada de lo que he estudiado.

SALVADOR CAPUTTO.

## La castidad no hace daño

En lugar de restringir la libertad de una categoría, por peligrosa que sea, haced primero la educación del público; enseñad á los jóvenes el peligro que corren dirigiéndose á las mujeres públicas; mostradles que su existencia puede ser envenenada para siempre por un contacto impuro, disminuía su productividad, esterilizada su descendencia ó destinada á una muerte prematura; y decidles que la continencia no ha hecho daño á nadie, y entonces, la profesión de vendedoras de placer desaparecerá por falta de clientela. Indudablemente que se impone esta educación de los jóvenes; es uno de los puntos más importantes y no lo olvidaremos, de la educación social.

Dr. J. HERICOURT.

## EL PERIODISMO

—Los señores que han escrito esos artículos que acabamos de leer, ¿son sinceros?

—Me haces una pregunta difícil, hijo mío. Tal vez hoy lo sean, algunos, por lo menos. Es preciso ser muy indulgente. Son muy pocos los hombres que reflexionan... La verdad se haga interrogaciones concienzudas, largas, difíciles, á menudo... la mayor parte de las personas no tienen tiempo para eso, los periodistas sobre todo.

Y entre los que tuvieron tiempo, habría pocos que querrían reflexionar; este esfuerzo les repugna. Es tan cómodo dejarse arrastrar por los prejuicios, por las pasiones, sobre todo, si con eso se halagan las pasiones y las decisiones del medio en que se vive, de la clientela! Por otra parte, es tan bueno exagerar, insultar, gritar, vilipendiar! Esto da la ilusión de la fuerza.

—No se salvará la nación francesa del odio

que la oprime sino «cuando los maestros hayan enseñado á los niños de Francia á considerar esos periodistas que son la vergüenza de la profesión con el mismo sentimiento que uno experimenta cuando se halla frente á saltimbanquis de barracas ambulantes, en donde cada cual, con gestos exagerados y gritos ridículos, trata de atraerse la clientela.»

—El hombre sensato pasa sonriendo de ver tales cosas, pero un tanto compadecido.

JULIO PAYOT.

## CASCOTEANDO

¡Atrás, negruras de la vida, causa primordial del crimen castrador de las conciencias, embrionaria representación de bárbaros y cochinos... atrás!

Aun no han cicatrizado las heridas que habéis abierto en las carnes dolientes y palpitantes, castigadas y prostituidas, de los que se arrastraron hasta vosotros, pidiéndoos un pedazo de pan.

Pretendéis fulminar la luz, pobres enanos, cuando ésta os está quemando las llagas purulentas que asoman á la epidermis. Queréis ahogar el grito cuando del grito os alimentáis.

Oid, murciélagos tanteadores de la sombra, oid, canallas gobernantes de todas las naciones; oid, hombres de todo el mundo que tenéis alguna representación social; oid, muletas y puntales del crimen; oid, canallas...

tiránico y opresivo, de esta sociedad podrida como la médula de los que gobiernan, hablan los que no quieren amo, los que conocen todo lo que es capaz esa récua de bárbaros y asesinos, todo lo que es tiranía, todo lo que es vergüenza.

Si se rompen todos nuestros castillos al soplo de la tempestad que habéis creado no os quejéis, demasiado ya os hemos dicho...

Cuando asomo á la vida esquelética figura del hombre en la planta baja de la sociedad, entre el lodo y la podredumbre, entre las pestilentes aguas, entre los miasmas, entre las caricias del vicio y la corrupción; vosotros los que estáis panza arriba sobre el globo, llenando de nauseas la vida, corrompiendo el ambiente, degenerando la raza, prostituyendo la carne, sangrando los cuerpos, rompiendo con vuestro látigo de prohombres las flores que se abren á la vida, os presentastéis sonriendo como toda crápula, tendiendo vuestras manos con hipocresía hacia los desheredados, pretendiendo fueran esclavos vuestros; éstos rechazaron esas manos sarnosas y soltaron su carcajada sonora en vuestras narices; eran los libres y como tales se levantan

del lodo. Nada era el sacrificio; se había dado el paso.

Se avanzó hacia lo lejos y hoy van camino á la luz.

Cuando después, favorecidos por esa fuerza homicida que engendra las bayonetas, viendo en los fuertes el desprecio y el aborrecimiento, quisieron (y para esto validos de la mano criminal oculta), exterminar aquella radiosa avalancha progresiva y estudiosa que iba entrando en los arcanos más profundos y entre los misterios de la ciencia encendía su antorcha, cuyos reflejos encegucían á los amarillentos mandrias que se revolcaban en la inmundicia que ellos crearan, en el lodo que ellos se hicieran; se vió agitar entre la mazmorra de canibales, como un fleco trémulo y deslumbrante, la mano poderosa que empuñando enorme bisturí, abría la panza grande de los ventrudos parásitos... ¡Qué inmundicia!... ¡qué podredumbre encierran esos cuerpos!... El alimentarse con sangre humana es horroroso.

¡Cuánta porquería ante la luz del sol!

¡Cuánta inmundicia brillando como un astro sobre este planeta sufriente!

La comparsa de éstos se componía de ladrones, asesinos, embaucadores, esquiladores, parásitos y parásitos de los parásitos!

El Estado que se compone de los hombres más honrados del país, es el encargado de robar á los pueblos todo lo que sea posible... Para sostener y cuidar á esa jaula de rateros honrados están los hombres de honorabilidad sin tacha, que cuando se ven algo mal mandan matar por medio de los brutos de policías ó del ejército, consiguiendo así lo que quieren. Para sostener á éstos están los que emboban á la clase ignorante para sacarles el centavo y hacerles tener miedo. Para sostener á éstos están los defensores pica-papel, para percibir por medios astutos todo lo que se pueda. Y después aquéllos que sólo hacen remolinos, viviendo en el estancamiento y los que (¡cómo trabajarán!) viven á expensas de éstos.

Todo es una rejunta de haraganes y corrompidos.

¡Qué bien viven!

No hay que imitarlos.

Sería prostituirse.

Hay que arrojarles al rostro toda la infamia que crearon, toda la falsedad que engendraron, todo el mal que hicieron.

Son los acéfalos podridos que escaparon á la muerte y viven adulterando el pensamiento y llenando la tierra de excremento.

Son los que pretenden tener bajo su férula de asesinos toda la nobleza de los que van descalzos por el escabroso sendero de la vida.

Son los charlatanes que tratan de involucrar las ansias del pueblo en su representación para elevarse.

Son los que en discusión de lo real se embottellan y lanzan en silbido cual reptil asqueroso, á quienes les está vedado hablar y hacerse entender.

Son la crápula y como á tales les envío desde aquí mi cascotazo que, aunque no les tocará el corazón les hará bajar la vista y mirarse la podredumbre de sus cuerpos.

Son el bochorno sobre la tierra y como á tales les vuelco todo mi odio y mi desprecio.

Si no hay luz que surque los abismos, que haya hachas que abran las cabezas.

ARIEDEC LABOTSIRCP.

Necochea, 1908.

## EL ESCOLAR ES UN PROCESADO

(CONCLUSIÓN)

Suele decirse que saber es poder. En la escuela saber significa saber repetir. Esa docilidad de los escolares es una virtud para el pontífice que desconoce todo lo que hay de precioso en aquellos tiernos seres á quienes todavía no ha alcanzado su ley, y á quienes promete, si son obedientes, dar la ciencia y la inteligencia. Más para el educador, que querría siempre entusiasmar á los niños á quienes ha de instruir, esa misma docilidad es causa de desaliento. Bien sabe que la escuela es culpable, que con frecuencia y á su pesar, enseña á sus alumnos verdades lastimosamente pobres, verdades que les dejan indiferentes. ¡Oh, si no tuviera tanta prisa! ¡Si tuviera el derecho de ser descuidado! ¡Con qué placer reemplazaría esa enseñanza que cae de tan alto por la conversación en que todos tomarían parte y en que se desviarían á veces sin temor de alterar el orden de la lección!

Que se entretenga acerca de un hecho observado ó referido; que muestre sus relaciones con otros muchos hechos; que se haga ver que es signo de algo grande y duradero: las necesidades profundas de la humanidad y la vida de todo el planeta le darán entonces un valor y un sentido, y habrá probabilidades de que uno de los aspectos del asunto estudiado fije la atención de los escolares,

y podrá conseguirse que se instruyan profundamente hasta la emoción.

Pero la escuela de hoy no es la escuela del descuido y de la confianza. La tarea diaria de cada uno está fijada en ella con precisión. Para mañana los alumnos de cuarta deberán saber «las ciudades de la República Argentina, la primera Cruzada hasta la palabra *alabarda* y algunas palabras alemanas». De esa manera no podrá extraviarse el pensamiento. «Señor maestro, han de aprenderse también las líneas que hay al pie de la página en letra pequeña?»—«No, déjense las letras pequeñas», y una alegría fugitiva anima todos los rostros porque no exigen las letras pequeñas».



Podría exponer aún que los normales deberían ocupar en la vida del escolar mucho menor espacio, y que su saber no sería tan deplorablemente librero si no hubiera que recurrir á él para prepararse cada noche, de una manera expeditiva, para el rápido interrogatorio que probablemente habrá de sufrir al día siguiente.

Esos pequeños exámenes que se refieren siempre á un asunto muy limitado y previsto, es decir, que han de permitir apreciar el celo del niño en un momento dado y no los caracteres específicos y duraderos de su inteligencia; esas pruebas diarias han acabado por convertir los acontecimientos regulares é importantes de la vida escolar, en los que determinan la forma y hasta el espíritu de la enseñanza como si fuera necesario ante todo tirar tierra á los ojos, se subordina todo á este fin: pone al escolar en disposición de probar á cada momento, por algunas respuestas fatídicas y seguras, que posee los conocimientos previstos por los programas para los niños de su edad. Su valor se mide por la extensión de su ciencia exhibible, permítasenos la expresión.

Pero ya hemos insistido bastante. En definitiva, el escolar queda paralizado por

el conflicto que nace en su pensamiento desde el primer día; se divide su alma como si se quisiera reinar mejor sobre ella, intentando frente á frente el Bien y el Mal. El Bien es la lección preparada para el día siguiente, la actividad constante, la multitud de reglas que cada uno ha de conocer. El Mal es el gusto que tiene el niño por los juegos y por el movimiento, su obstinación en no comprender las fórmulas más sencillas, su ignorancia, su increíble infancia. ¡Cuán fácil es humillar un escolar! En clase se engaña ó se equivoca constantemente y ha de reconocer su inferioridad. Sus ideas rudimentarias le dan pobrísimo aspecto ante la ciencia impecable. ¡Qué mal se expresa! Bueno que se hagan distinciones entre los buenos y los malos alumnos; pero no se les juzgue sólo por el momento en que el acusado comparece ante el juez.

Haber sido durante ocho ó diez años mal discípulo, deja profunda huella sobre el carácter. ¡Qué falta de seguridad la de un joven ó de una joven que durante muchos años ha oído diariamente que se le califica de torpe!

Se recomienda á los escolares que reflexionen; pero no se atreven por temor de equivocarse y porque si comete una falta, su nota se agrava. Como prudentes y vencidos de antemano, procuran hablar el lenguaje del vencedor. Tantas veces tienen en clase ocasión de infringir alguna regla de primera, de segunda ó de tercera importancia, que allí respiran con menos libertad que en cualquiera otra parte, y muchos acaban por vivir en el estado de ánimo de un culpable, no siendo las farsas maliciosas, las insolencias y las rebeldías de muchos de ellos más que consecuencias de ese régimen de opresión á que se cree necesario someterles para prepararles á la vida.

¿A qué género de vida se les quiere preparar? He ahí la cuestión.

ROORDA VAN EYSINGA.

*De todas las obras que se reciba se hará la correspondiente crítica en LA PROTESTA ó en el Suplemento.*

*Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti se ne farà il giudizio critico.*

*LA PROTESTA, dans le journal ou son Supplément, fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.*

*LA PROTESTA will do a critical examination of all receipt book, pamphlets or reviews.*